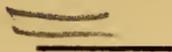


2913

PEDRO MUÑOZ SECA



EL CHANCHULLO

COMEDIA EN TRES ACTOS



Copyright, by P. Muñoz Seca, 1925

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1925

EL CHANCHULLO

EL CHANCHULLO



Digitized by the Internet Archive
in 2014

EL CHANCHULLO

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenada en el Teatro LARA de Madrid el día 3 de
Diciembre de 1925



PRIMERA EDICIÓN

MADRID

Imprenta VELASCO, Trafalgar, 5

1925

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

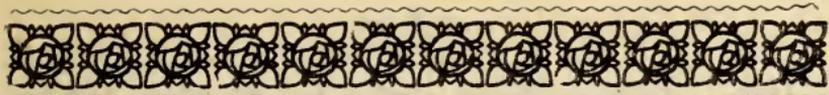
*A Eduardo Aunós, Ministro de Trabajo,
uno de los grandes cerebros de España.*

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

Angustias.....	<i>Sra. Alba.</i>
Isabel.....	<i>Srta. Gelabert.</i>
Carmen.....	» <i>Rivas.</i>
Africa.....	<i>Sra. Armisén.</i>
Ramona.....	<i>Srta. Raquel.</i>
Julia.....	» <i>Díaz.</i>
Shabina.....	» <i>Málaga.</i>
Joshefa.....	<i>Sra. Cuevas.</i>
Prudenchí.....	<i>Srta. Alenza (P.).</i>
Julines.....	» <i>Mendez.</i>
Braulio.....	<i>Sr. Thuillier.</i>
Carlos.....	» <i>Soler-Mari.</i>
Remigito.....	» <i>Balaguer.</i>
Samuel.....	» <i>Isbert.</i>
Luis.....	» <i>Benítez.</i>
Ignacio.....	» <i>Córdoba.</i>
Cardona.....	» <i>Gonzálvez.</i>
José Mari.....	» <i>Amyach.</i>



ACTO PRIMERO

Un salón amueblado con elegante sencillez.—Una puerta en el lateral derecho y dos en el izquierdo.—Es de día.—En Madrid.—En Primavera.—Epoca actual.

(Al levantarse el telón están en escena Angustias, Isabel, Carmen, Julia, Fulines y Luis.—Angustias, de cincuenta años, está vestida con traje de corte. Isabel y Carmen, sus hijas, en traje de casa, dan los últimos toques a la elegante vestimenta de la madre.—Julia, afable cincuentona, y Fulines, su hija, en plan de visita, admiran el bonito traje de la señora de la casa. Luis, marido de Carmen, hombre joven, sentado en un extremo del salón y ajeno a cuanto ocurre a su lado, fuma y medita.)

ISABEL *(Arrodillada ante su madre, arreglándole algo del vestido.)* Estáte quieta mamá; no te muevas tanto.

ANGUS. Es que estoy tan nerviosa, hija mía...

JULIA El traje es lindísimo, ¿verdad?

JULI. Lindísimo.

ANGUS. ¿No me está un poco chico?

CAR. ¡Mamá, por Dios!

ANGUS. Pues hija, yo me lo encuentro chico.

- ISÁBEL Que no tienes costumbre de verte tan escotada...
- ANGUS. Puede que sea eso.
- RAMO. (*Doncella de la casa, entrando por la puerta de la derecha.*) Señora...
- ANGUS. ¿Qué, Ramona?
- RAMO. (*Que habla con una voz muy fina, con unos ademanes muy finos y que tiene un tipo de inglesita monísimo.*) Mi padre ha hablado por «teléfono» con el «menisterio» y el señor «ministro» «porsigue» con la comisión de «fulleros» de Asturias que están tratando de lo del carbón.
- ANGUS. Bien: está bien.
- ISABEL (*A Ramona.*) Haga el favor de traerme unos imperdibles...
- RAMO. Sí, señorita. (*Mutis por la segunda puerta de la izquierda.*)
- JULIA Escucha: ¿es nueva esta doncella?
- ANGUS. Sí. Es hija de Cardona, ese ordenanza que tenemos en la puerta. Muy buena muchacha y de aspecto muy finito, pero hija mía dice unos disparates... Ya has oído, a los hulleros les llama fulleros.
- LUIS Puede que no se equivoque.
- ANGUS. No abre una vez la boca sin soltar alguna de las suyas. Al padre de esta muchacha le colocó de ordenanza mi hermano Braulio. Por eso nos tiene el pobre tanto afecto y está tan contento ahora con nosotros.
- RAMO. (*Entrando con los imperdibles.*) Tome la señorita. (*Se los da a Isabel.*)

- ISABEL Gracias.
- ANGUS. (*A Ramona.*) Digale a su padre que dentro de diez minutos vuelva a telefonear.
- RAMO. Sí, señora. (*Mutis por la puerta de la derecha.*)
- ISABEL (*Terminando el arreglo del traje.*) Yo creo que queda muy bien.
- CAR. Lindísimo.
- JULIA ¿Es la primera vez que asistes a una comida de Palacio?
- ANGUS. La primera vez. Por eso estoy preocupadilla. Es tan fácil hacer el ridículo...
- JULIA Mujer, qué cosas dices.
- JULIA La comida es en honor del cuerpo diplomático, ¿no?
- ANGUS. Sí: figúrate; gente toda de tanto «conmilfot» y tanto «savuar-fer».
- JULIA ¿Y sabes ya qué puesto ocupas en la mesa?
- ANGUS. Entre lord Pamplinton, el ministro de Suecia y Lao-Kita-Ilao, el ministro de China.
- JULIA ¡Jesús!
- ANGUS. Muy mala suerte hija mía; porque a mí los chinos me han molestado desde pequeña, y tanto como los chinos me molestan los suecos. Menos mal que podré charlar con el ministro del Brasil, que es muy simpático y que lo tengo enfrente.
- JULIA ¿Le conoces?
- ANGUS. Mucho. Y las chicas también. Un hombre amabilísimo. Es de Primeira.

ISABEL ¡Mamá!

CAR. ¡Qué entusiasmo, por Dios!

ANGUS. (*Molesta.*) Os advierto que Primeira es una población del Brasil.

ISABEL Perdona.

ANGUS. Es un hombre inmensamente rico. Se apellida Bragueiro dos Santos y tiene fincas, en su país, en Acaray...

ISABEL (*Que le cerraba bien un brazalete.*) ¿Te he pinchado?

ANGUS. No, mujer. Y aunque me hubieras pinchado. ¿Es que soy yo de las que lanzan exclamaciones ordinarias?... Acaray es una sierra de su país.

ISABEL Vuelve a perdonar.

ANGUS. ¡Caray, cómo estais! (*A Julia.*) Pues como te decía: tiene fincas en el Brasil y en Portugal, en Aboleira, en Caldeira y en Figueira, que es donde él veraneira... digo veranea. ¡Me habéis puesto nerviosa!... En la legación de Cuba bailé ayer con él un foxs y precisamente me estuvo hablando de Figueira da Foz.

CARDO. (*Por la derecha. Tiene cincuenta años, tiene un bigote negro como un cepillo, tiene una calva como un melón, y tiene más galones que un catafalco.*) ¿Señora? ¿Se puede?

ANGUS. Pase usted, Cardona.

CARDO. Ahí están los señores esos que suelen venir con frecuencia... Esos, que cuando se van y cierran ya la puerta, las señoritas

hacen gestos de... (*Dando patadas al aire.*)
«¡te daba así!»

ANGUS. ¡Cardona!

ISABEL ¡Por Dios, Cardona!...

CARDO. Unos que están a matar con su apellido, porque al niño le han puesto de mote... (*Recordando.*) ¡Pan frito!

ANGUS. ¡Ah! Los de Picatoste.

CARDO. Sí señora.

ISABEL. ¡Pues vaya una nube!

LUIS ¿Viene también el niño?

CARDO. Sí señor.

LUIS ¡Qué espanto!

ANGUS. (*A Isabel.*) Tu marido no los puede resistir.

CAR. Ni nadie, mamá. Son de una cursilería y de unas pretensiones...

ANGUS. No, si a mí también me caen pesaditos. El niño sobre todo es un pollo gomoso y foxtrotero, de esos que yo llamo «niños karaba», que no hay quien lo aguante. (*A Isabel.*) Y eso que el pobre está por tí de un enamoramiento, que de suspirar arruga las pecheras. Siempre que dice una idiotez de las tuyas, te mira como buscando tu beneplácito.

ISABEL No me hables de él, por Dios santo. ¡Qué niño y qué familia!

ANGUS. Pues hija mía, no tengo más remedio que recibirlos. Han manifestado deseos de verme vestida, y por si fuera poco me traen

un broche antiquísimo y de un gran mérito para que lo luzca en la comida. Dicen que es un «por-boner» admirable.

ISABEL Qué necesidad tendrás tú de llevar nada prestado con tanta joya bonita como tienes...

ANGUS. Hay que condescender, Isabelita. Hay que condescender. (*A Cardona.*) Que pasen esos señores.

CARDO. Sí señora. (*Mutis.*)

CAR. Por Dios, Luis, que te temo. Venga o no a pelo no hables del pan frito, por lo que más quieras en el mundo. Porque es que no sabe una a donde mirar.

JULIA Sí, Luis, por Dios. Que mi Julines cuando aguanta la risa empieza enseguida con el hipo y es un martirio oirla.

LUIS Descuiden ustedes: no estoy de humor... Además, que esa familia me da coraje, porque, fuera parte de las pretensiones del niño, aquí están dando la tabarra para luego pedir algo.

ANGUS. Ya han pedido.

LUIS ¿Estáis viendo?

ANGUS. Quieren no sé que cargo para el chico y aspiran a la baronía de Acabatablazos, a la que creen tener derecho. Yo les he dicho que estos ministros de ahora no son como los de antes, que podían abrir un poco la mano a la hora de las mercedes y que, caso de pedir para alguien, pediría-

mos para tí, (*A Luis.*) que atraviesas un momento difícil.

ISABEL Aquí están ya.

(*Por la derecha entran en escena, Africa, Samuel y Remigito, un matrimonio relativamente joven y un pollo de veinte años de esos que los ve uno y dice uno «in mentis» en el acto «maldito sea tu corazón, niño». Un pollo birria de cogote sacado, alargado y adelantado, tirilla de un centímetro, corbata microscópica, americana muy larga, de tela rameada, pantalón gris y zapatos de ante verdoso que son los más afeminados.*)

ANGUS. (*Saliéndoles al encuentro.*) ¡Oh!... Africa...

AFRI. ¡Quietos!... No entra nadie... No entra nadie...

SAMUEL Africa lo ha dicho: no entra nadie.

AFRI. (*Besando y saludando.*) ¿Qué tal?... Hola, niñas...

SAMUEL (*Luis alargándole la mano.*) Luis amigo...

LUIS ¿Cómo va don Samuel?...

REMI. Señora... (*Saluda a todos ceremoniosamente, a la alemana, dándose tacón con tacón y haciendo rápidas y acentuadas inclinaciones de cabeza.*)

AFRI. (*A Angustias.*) Déjeme que la mire... ¡Oh, qué traje!.. ¡Un sol! ¡Qué chic...! ¡Chic-quísimo!

ANGUS. ¿Estáis viendo? Africa lo encuentra pequeño.

AFRI. ¡Qué disparate, Angustias! Nada de eso.

Es un traje ideal: un encanto: un cielo.

SAMUEL Africa lo ha dicho: un cielo.

REMI. Pues yo diré parodiando a... a... al poeta
insigne ya fallecido

En este mundo traidor
no hay «toalet» vieja ni nueva,
todo es según el valor
de la percha que la lleva... ¡Jé, jé!...

(Ríe estúpidamente; porque el angelito después de decirle alguna sandez se ríe de una manera idiota y mira a Isabel a ver que efecto le ha producido.)

SAMUEL *(Africa, que cuando habla el niño le miran embelesados.)* ¡Oh!

REMI. ¡Y en este caso la percha no puede ser más bestial.

ISABEL ¡¡Qué bruto!

LUIS *(Aparte a Fulia.)* ¡Qué niño!... *(Fulia sofoca la risa y cambia de sitio.)*

ANGUS. Este pobre Remigito es siempre tan exquisito...

REMI. Hay que ser galante con las damas. Yo sigo ese sistema que es estupendo y me va brutalmente. Cuanto más fea es una señora, más la encomio... ¡Jé, jé!... *(Llevándose el índice de la mano derecha al ojo izquierdo primero y al derecho después.)* Pupílibus y retinitibus...

LUIS *(Completamente distraído, a Samuel, creyendo que es Fulia.)* Me pone enfermo.

SAMUEL ¿Eh?

LUIS *(Azoradísimo.)* No, nada... *(Separándose de*

- Samuel que le mira de arriba abajo.*) (He metido la pata hasta el botón del tirante.)
- AFRI. (*A Angustias.*) Conque de comida palaciega ¿eh? ¡Qué suerte! Yo, comer no he comido nunca en Palacio. He gardempartyneado nada más. Pero allí todo es lindo y fúlgido. Los caballeros de uniformes, las señoras empenachadas... ¡Qué suerte!...
- SAMUEL Y luego el menú que para los versados en la gastrosofia o ciencia de la apreciación de los manjares...
- JULIA. Creo que le presentan todo...
- ANGUS. Figúrate: todo extra.
- LUIS. Y todo especial. Hasta el pan... (*Momentos de angustia en todos que ven venir la frase.*) Suelen poner pan frito... (*Pausa molestísima.*) (*Africa, Samuel y Remigio le miran con las de Cain. Los demás disimulan.*)
- JULI. (*Estallando en un fuerte hipo.*) ¡Hip!...
- JULIA. ¡Válgame Dios!
- JULI. (*Como antes,*) ¡Hip!...
- ISABEL. (*Agarrándose a un clavo ardiendo y riendo a carcajadas lo mismo que Carmen.*) ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué hipo tan gracioso!...
- AFRI. (*Molesta.*) Pues aquí le traemos el broche gótico... (*A Samuel muy seriamente.*) Dame.
- SAMUEL. (*Idem: alargándole un estuchito.*) Toma.
- AFRI. Venga.
- SAMUEL. Abre.
- AFRI. Bueno.
- ANGUS. ¡Vayal

- AFRI. Vea... (*Le alarga el estuche abierto.*)
- ANGUS. ¡Hola!... ¡Qué primor!
- JULIA. (*Que se acerca con las demás.*) Lindísimo.
- CAR. Precioso.
- ISABEL. Y muy gótico.
- AFRI. Sí, de una goticidad purísima.
- JULI. (*Como antes.*) ¡Hip!... (*Remigito la mira escamadísimo.*)
- ANGUS. Tiene aquí abajo un calado y un relieve...
- AFRI. Sí, una nave y un castillo. La nave en relieve y el castillo en calado.
- JULI. (*Como antes.*) ¡Hip!...
- ANGUS. (*Por el broche.*) Y este busto de aquí arriba ¿de quién es?
- SAMUEL Es Ovidio, señora. Al principio creí que era Sabina Popea; luego me dijeron que era Pánfilo...
- ANGUS. ¿Quién?
- SAMUEL Que el busto era de Pánfilo, el maestro de Apeles, pero luego resultó que era Ovidio.
- ANGUS. Pues no sé como voy a ponérmelo, porque como no tiene para clavar...
- AFRI. Tenía, porque antes era broche, pero yo lo he «apandantizado» y ahora es de cuelga. Tiene dos ganchitos a los lados; vea usted.
- ANGUS. Es verdad. Me lo colgaré entonces de este hilo de perlas...
- SAMUEL Es una idea.
- ANGUS. (*Colgándose el medallón.*) ¿Qué tal queda?
- JULIA Muy bien.

- JULI. Precioso.
- REMI. ¡Qué bárbaro!
- AFRI. Un sol.
- SAMUEL. Africa lo ha dicho, un sol. (*A Remigio.*)
¿Verdad?
- REMI. El Karabón de lo bonito.
- SAMUEL. (*Riendo.*) El Karabón. Qué términos emplean estos chicos de ahora.
- AFRI. Y este nuestro que es un frasista consumado.
- REMI. Pues ahora me traigo algunos bestiales. Como nos pasamos el día jugando al mahjong, hago una de frases mayonesas que estoy teniendo unos éxitos estupendos.
- JULI. ¿A ver Remigito? Cuéntame. Ven acá, Isabel.
- REMI. Veréis qué cosas más karabantes. (*Charlan aparte Fulines, Isabel y Remigio.*)
- AFRI. (*A Carmen.*) Mujer, ya he sabido el disgusto de Luis y el tuyo como es consiguiente, por causa de la quiebra de ese dichoso Banco...
- CAR. Sí...
- SAMUEL. Es verdad; no le había dicho nada, amigo Luis. Perdóneme. Sé que su señora madre ha tenido un quebranto de transcendencia.
- LÚIS. Toda su fortuna.
- ANGÚS. Están a la orden del día las quiebras bancásticas...
- SAMUEL. A mí esta me ha sorprendido. Otras veces hace uno vaticinios o predicciones, augu-

rios o presagios, pero ahora por tratarse de gente rangosa o de gran rancidez, poco amigas de engaños o falsimonias y de bambollas o fanfarrias...

AFRI. Por Dios, Samuel basta. Haz punto.

SAMUEL Quiero decir que yo creía que este Banco de Robles era más fuerte.

JULIA Hoy no hay nada seguro.

SAMUEL Tiene usted razón. (*Pausa.*)

AFRI. ¿Y el señor Ministro?

ANGUS. En el ministerio. Hoy hasta ha comido allí. No sé a qué hora va a venir a vestirse...

CAR. Es temprano aún, mamá. No son más que las seis y media. Tú, como lo has tomado con tanta anticipación...

ANGUS. Mujer, como les dije que vinieran a tomar el te y que ya estaría vestida para que me vieses... Y, apropósito, hija mía, ¿Qué pasa con el té? ¿Quieres tocar dos?

CAR. Sí, mamá. (*Hace sonar un timbre.*)

ANGUS. Estoy de lo más inquieta, porque como Fernando es tan sumamente distraído, puede retardarse y, vamos, es que me horroriza la idea de llegar a Palacio y encontrarme a todos sentados a la mesa... ¡Qué apuro! Todos que se ponen de pie con las servilletas en la mano, y yo dando excusas y saludando... ¡Jesús!

RAMO. (*Por la derecha.*) ¿Señora?...

ANGUS. A ver qué pasa con el té, que no avisan, Ramona.

RAMO. Creo que ha ido la Ulugia a la «neoyorquina» por las «densimadas» y los «broches» y aún no ha «reguersado».

ANGUS. Bien: entérese y avisenos.

RAMO. Sí, señora. (*Mutis por la izquierda segunda puerta.*)

SAMUEL. Creo que en Fomento hay ahora mucho trabajo...

ANGUS. Muchísimo. Fernando, casi no sale del Ministerio. Con decir a ustedes que mi hermano Braulio llegó ayer noche a Madrid y aún no lo ha visto...

JULIA. ¡Cómo! ¿Pero don Braulio está en Madrid? Mujer, y no me habías dicho nada.

SAMUEL. ¡El gran don Braulio!... Qué hombre tan original y tan único. Lo que batalla, lo que se mueve y lo que sabe. Conmigo se mete algunas veces, porque como yo soy algo filátero o abundoso de palabras...

AFRI. Don Braulio debe poseer una gran fortuna, ¿verdad?

ANGUS. Sí: es riquísimo; pero todo le sobra. Figúrese, soltero, sólo y hasta sin vicios, porque ya a su edad... No sé qué clase de asunto le traerá por Madrid. (*A Luis.*) ¿Te ha dicho a tí algo?

LUIS. Nada. Ya sabes que yo no soy sant^o de su devoción. Jamás me ha mirado con simpatías.

ANGUS. Imaginaciones tuyas.

LUIS. Como tú quieras.

- ANGUS. ¿Pero tú le preguntaste?...
- LUIS Sí, señora: era mi deber ponerme a sus órdenes por si podía serle útil... Pero me contestó un poco bruscamente que deseaba entrevistarse con el secretario de papá.
- ANGUS. Sus cosas de siempre. Habrá oído hablar de la confianza y del cariño que Fernando ha puesto en su secretario.... Porque es que quiere a Carlos como a un hijo...
- AFRI. Es un muchacho tan simpático y tan inteligente...
- JULIA. Goza por ahí de muy buena fama.
- LUIS Merecidísima. Cuanto se diga en su elogio es poco. (*Isabel y Fulines, ríen a carcajadas.*)
- ANGUS. ¿Qué pasa?
- AFRI. Alguna donosura de Remigín...
- REMI. Les he contado lo de ayer con el doctor Iceta, cuando me pidió en casa el *A B C*, que yo le dije «tome usted el *A B C* Iceta»... ¡Jé, jé!... (*Ríe estúpidamente.*) Estuve bestial. Estupéndibus. ¡Y con lo que es Iceta!
- ISABEL (*Mirando hacia la derecha.*) Aquí está el tío Braulio.
- REMI. (*Fastidiadisimo.*) ¡Ah! ¿Pero está aquí?... (¡Lo que me carga a mí este señor!).
- BRAU. (*Entrando.*) ¡Hola!... (*Es un hombre de cincuenta años, fuerte, curtido, tostado, elegante sin afectaciones y tan despejado como simpático.*) ¡Oh, amigas mías!... (*Saluda a*

Fulia y Africa.) ¿Qué tal? ¿Cómo les va?...
¡Un abrazo, amigo don Samuel!... ¿Y el
chico?

SAMUEL. Ahí le tiene usted...

BRAU. (*A Fulines.*) Dios te guarde, muchacha...
(*A Remigio.*) ¿Qué tal, hombre?

REMI. (*Serio.*) Bien, ¿y usted?

BRAU. (*Imitándole.*) Muy bien, muchas gracias.
¡Caramba, qué seriedad!.; Este, desde que
que le recomendé que dejara de hacer el
vago, no me puede tragar.

REMI. Le aseguro a usted...

BRAU. No hombre, no me asegures nada. Si no
me importa. Yo te aconsejé por tu bien.
¿Por mí?... ¡Allá tú! (*A Samuel.*) Qué, ¿hace
algo?

SAMUEL. Aún no, pero piensa hacer.

BRAU. ¡Ay, Remigito! Trabaja, hombre; trabaja.
Tú mírate en el espejo de Luis. Era lo
que tú, un muchacho rico; y ahí lo tienes.
Dos cosechas que se pierden, un Banco
que se va a la porra y a pedir limosnas, o
a pedir un destino que es peor.

ANGUS. Y con lo difícil que está eso ahora. Por-
que ahora no es como antes, Braulio. Los
destinos ahora...

BRAU. ¡Pchs! Volverán las oscuras golondrinas...

ANGUS. ¿Qué quieres decir?

BRAU. Mujer, que siempre que ha llovido ha es-
campado. La tierra es redonda y seguirá
redonda hasta que se estrelle contra otro

planeta y ¡¡paf!!... todos al éter y algunas al éter y a la cocaína. (*A Luis.*) Si no te coloca tu suegro algún amigo te colocará algún día.

SAMUEL ¿Usted cree que volverá a imperar como antes la alegre francachela?...

BRAU. No lo deseo. Ojalá no vuelva a imperar nunca; pero la familia nos preocupa tanto a todos... ¿Sabes lo que yo digo siempre que se habla de los malos gobernantes? Pues digo que nuestros hombres públicos no han sido malos por inclinación como se supone, sino porque les obligaban a serlo los amigos, los parientes. En España la rémora del progreso ha sido siempre la familia. Si estuviera en mi mano haría una ley incapacitando para ser ministro a todo hombre que tuviera un solo pariente. Un gobierno formado por incluseros sería el único que podría tener grandes éxitos en el mundo.

ANGUS. Qué cosas dices.

SAMUEL ¡Es mucho don Braulio!... Gravedoso y circunspecto y al pardonososo y gracijeante.

BRAU. Me dijeron que trataba usted de hacer no sé qué expediente para cambiar de apellidos... ¿Es cierto?

SAMUEL Sí. Como yo soy señor de Fuenmuñana y tengo derecho a la baronía de Acabatablazos, que me corresponde por el apellido «Lagotera» que llevó mi abue-

lo, voy a ver si cambio el Picatoste por «Lagotera», porque, vamos, de los Picatostes no queremos ni oír hablar.

RAMO. (*Por la izquierda.*) ¿Señora?

ANGUS. ¿Qué hay Ramona?

RAMO. El té está servido.

ANGUS. ¡Gracias a Dios! ¡Qué manera de tardar!..

RAMO. Es que la «Ulogia» no encontró «broches» en la «neoyorquina» ni en «Turné» y ha tenido que hacer picatostes para que haiga pan tostado y pan frito. (*Sensación. No se atreven a mirarse los unos a los otros. Pausa.*)

JULI. (*Como antes.*) ¡Hip!...

ANGUS. (*A Ramona, indicándole que se vaya.*) Bien, bien... (*A Braulio.*) Qué ¿tomas con nosotros un poco de té, o una taza de chocolate?...

BRAU. ¿Cómo no? Encantado. (*Con cierta mala intención.*) Yo, habiendo chocolate y... (*Mirando a Remigio.*) eso otro...

ANGUS. ¿Vamos, señores?... (*Haciendo mutis con Africa, Julia, Julines, Isabel, Samuel, Remigito y Braulio, por la segunda puerta de la izquierda.*) Y Fernando sin venir. ¡Tengo una inquietud!...

ISABEL. No seas agoniosa, mamá.

ANGUS. Es que tiene que afeitarse y que vestirse de cabo a rabo. Verás como llegamos a los postres o tenemos que avisar por teléfono para que nos aguarden. (*Mutis.*)

CAR. (*Deteniendo a Luis, cuando éste se dispone a hacer mutis tras los demás.*) Oye, Luis...

LUIS ¿Qué quieres?

CAR. Hablar contigo un minuto. No he podido verte a solas desde que volviste de la calle...

LUIS Hija, el día en que tu madre estrena su primer traje de corte, es demasiado solemne para que pueda hablarse de otra cosa.

CAR. No te burles y comprende mi impaciencia por saber... Qué, ¿se arregló por fin?...

LUIS Sí. Ya te dije esta mañana que era asunto concluído. Esta tarde me entregarán el dinero. Estoy aguardando de un momento a otro la visita del señor Atienza.

CAR. ¿Eh?... ¿Pero aquí?... ¿En casa?...

LUIS ¿Dónde mejor? ¿Quién va a recelar de que yo reciba a un amigo? Además, que un cheque no es cosa que abulte demasiado...

CAR. No lo eches a broma, Luis. Tengo miedo. Comprendo que la situación en que te hallas, el apuro en que se encuentra tu madre, disculpan y justifican en parte lo... indelicado de tu acción. Por una madre debe hacerse todo y tú haces bien al evitar... como sea, que la tuya, por unas pesetas que los míos no han querido darte o no han podido darte se vea acusada de una responsabilidad que sabe Dios lo que podría costarte. Pero tengo miedo.

LUIS Te repito que no hay temor alguno. Esa es nuestra suerte, que el negocio se nos ha venido a las manos él solo, sin compromisos para nadie. Comprenderás que por salvar el buen nombre de mi madre no iba a comprometer el mío, ni mucho menos el de tu padre. Créeme, que lo ocurrido ha sido algo... providencial. Figúrate que el mismo día que ese señor Atienza se me presentó, le había oído yo decir a Carlos, que el Gobierno había resuelto, en principio, la construcción del puerto de Arráiz, aunque aún no se había dado publicidad a la noticia.

CAR. ¡Ah! ¿Se trata de ese puerto de que hablan los periódicos?...

LUIS Si; de una obra de gran utilidad, puesto que ha de dar salida a los productos de una zona minera riquísima, que hoy no pueden ser exportados. Excuso decirte el interés que tienen las sociedades mineras, especialmente la Anglo-Asturiana que es la regentada por Atienza. Claro, cuando me habló y me hizo proposiciones para que yo influyera... prácticamente, cerca de tu padre, ví el cielo abierto. Venía a pedirme lo que yo sabía previamente que estaba concedido. Podía, por tanto, ofrecer sin riesgo de faltar a lo ofrecido, sin tener siquiera qué preguntarle a tu padre, a quien hubiera podido extrañar mi inte-

rés en el asunto. Me informé de nuevo por Carlos de que el expediente estaba concluído y que la subasta de las obras se anunciaría esta misma semana, lo comuniqué a Atienza, este creyó que todo se debía a mis gestiones, convinimos el precio y dentro de un rato...

CAR. ¿Cien mil pesetas?

LUIS Trescientas mil.

CAR. ¡Luis!

LUIS Una cantidad menos importante hubiera despertado sospechas... Hubiera parecido que era cosa mía exclusivamente.

CAR. ¿Pero él cree que papá?

LUIS No, mujer, eso no. Él supone que tiene interés por lo que a mí pueda favorecerme... Ahora, que Atienza exige...

CAR. ¿Qué?

LUIS Nada, unos renglones, algo que indirecta y disimuladamente indique...

CAR. (*Miedosa.*) ¡Por Dios, Luis!...

LUIS Ya le dije yo que pedía un imposible. Como va nadie a ser tan necio que se comprometa... Yo le dije que papá me había prometido que sacaría a subasta en seguida las obras del puerto y que cumpliría su ofrecimiento, pero sin otra prenda que la palabra de honor que yo empeñaba por él...

CAR. Claro. ¿Qué otra cosa?...

LUIS Sí, pero él, como tiene que justificarse an-

te el Consejo de administración, insiste en que necesita unas líneas en las que se haga constar con delicadeza, de una manera velada y con algo de doble sentido que el ministro queda comprometido a la construcción del puerto y que ha recibido lo que pidió...

CAR. Eso no puedes tú hacerlo, Luis. Es comprometerte y comprometer a papá.

LUIS Naturalmente. No se me oculta... (*Pausa.*) Claro que buscando una fórmula... Porque sin esos renglones no hay combinación posible.

CAR. Pues desiste de ella. No puede ser, Luis. Reflexiona que...

LUIS (*Mirando hacia la derecha.*) Calla.

CARLOS (*Un muchacho muy simpático y muy elegante; por la puerta de la derecha.*) ¿Vengo a turbar las expansiones matrimoniales?

LUIS ¡Hola!...

CAR. Usted llega siempre con oportunidad en esta casa.

LUIS Como que es el amo de ella.

CARLOS (*Riendo.*) ¿Celos tenemos?

LUIS ¿Celos? Quitá, hombre: convencimiento de que has sabido captarte la voluntad de mi suegro a punto tal, que su excelencia no ve ya por otros ojos que por los suyos.

CARLOS Chico, si eso fuera cierto, a nadie puedes culpar más que a tí mismo. Tú fuiste quien me recomendaste a él.

LUIS Y es la única recomendación mía que ha atendido en su vida. Ahora que yo le presenté a un secretario particular, no a una especie de ídolo.

CARLOS (*Riendo.*) Qué tonterías dices...

CAR. Le advierto a usted que no exagera, Carlos. Usted no puede figurarse lo que papá le estima. El otro día, en la mesa, estuvo haciendo un elogio de usted como no se lo he oído hacer de nadie. Decía que era usted, a pesar de ser tan joven, uno de los ingenieros más distinguidos de España, uno de los hombres de mayor mérito que había conocido.

LUIS Nada, hijo: el amo. Que nos has desbancado a todos en su estimación. Si llego a presumirlo, no te traigo: palabra.

CARLOS Don Fernando exagera mis merecimientos, pero repito lo que antes decía: también de eso tienes tú la culpa: porque cuanto soy y cuanto valgo te lo debo a tí únicamente; es decir, a tí y a los tuyos. La tierra no produce si no se la cultiva y yo os debo a tu madre y a tí el haber podido cultivar mi inteligencia.

LUIS ¡Ojalá te hubiera yo imitado! Ahora podría...

CARLOS Dios mejora sus horas, Luis; no te desalientes... Y voy con el permiso de ustedes a contestar unas cartas...

LUIS Hombre, a propósito de cartas. Podrías, si quisieras, hacerme un favor.

CARLOS Encantado. Dí.

LUIS Mira, quiero que me escribas ahora mismo, una, con el membrete de la secretaría particular...

CARLOS (*Acercándose a una mesita.*) Aquí había papel esta mañana... Sí: queda aun. Dime.

LUIS Verás; se trata de un gran amigo nuestro que quiere saber si es cierto que está acordada la construcción del puerto de Arráiz.

CARLOS Eso es ya cosa pública.

LUIS Sí, pero él, desea saberlo por conducto autorizado para preparar un gran mitin y dar la noticia oficialmente, que excuso decirte lo que va a celebrarse en todo Asturias. El busca algo seguramente, pero como eso a nadie daña y todos debemos ayudarnos en lo que sea posible ..

CARLOS Claro...

LUIS Le ha escrito a mi suegro, por mi conducto, preguntádoselo y me ruega a mí que influya para que mi suegro le conteste a vuelta de correo. Como yo no voy a ir a mi suegro con esa embajada y la cosa no tiene importancia, he pensado que lo mejor es que le contestes tú en su nombre, como si él te hubiera dado el encargo de hacerlo. Así yo le sirvo, porque tengo por él muchísimo interés.

CARLOS Si no es más que eso...

LUIS Nada más. Yo he escrito unos renglones

que no sé si estarán bien. Si quieres verlos...

CARLOS Trae. (*Le da un papel Luis.*)

LUIS (*A un gesto de Carmen.*) Calla... ¿Entiendes bien la letra?

CARLOS ¡Hombre!... (*Escribe. Pausa.*) ¿Y ésta postdata?

LUIS ¡Ah, sí! Unos cigarros que le manda y que pienso yo fumarme...

CARLOS ¡Ya estás tú bueno! (*Acabando de escribir.*) Listo. ¿Qué más? ¿Te pongo también el sobre?

LUIS ¡Por Dios!... Muchísimas gracias, querido. (*Recogiendo la carta.*) Tengo yo que acompañarla de otra mía...

BRAU. (*Entrando en escena por la izquierda.*) Hijos míos, ¡qué niño! y ¡qué padre! (*Advirtiendo la presencia de Carlos.*) ¡Ah! Que no estábais solos... (*A Carlos.*) Buenas tardes.

CARLOS Para servir a usted.

CAR. Verdad, que ustedes no se conocen. (*Presentando.*) Nuestro tío Braulio: el hermano de mamá.

CARLOS ¡Oh!...

CAR. Carlos Arellano: secretario particular de mi padre...

BRAU. ¡Ah! ¿Este es ese joven?... Celebro mucho conocerle. Me han dado de usted excelentes noticias y deseaba tener el gusto de saludarle.

CARLOS Muchísimas gracias, señor.

LUIS Chico, decididamente eres un hombre afortunado. Tú no sabes lo que significa el merecer una distinción del tío Braulio. Para él no hay nada bueno, fuera de sus montañas de Navarra.

BRAU. No me tires de la lengua, que luego sales perdiendo: ya lo sabes de siempre. Yo distingo lo que merece distinción y, en cambio, dejo de censurar muchas veces lo que merece censura. Por eso me he salido huyendo del comedor, porque si le pongo el paño al púpito y me remango el roquete, no quedan allí ni los rabos. Y hay rabos: no crea usted que es una frase hecha. Hay rabos porque hay allí varios burros... ¡y burras! ¡Qué gentecita!

CAR. (*A Carlos.*) Puesto que queda usted en tan buena compañía, vamos nosotros a tomar una taza de té. Seguramente nos estarán echando de menos.

LUIS Si luego quieres acompañarnos... (*Con picardía.*) Allí está también,.. ¿eh?

CARLOS ¡Qué majadero eres!... Siempre con tus bromas...

LUIS Sí, Sí... Vaya usted preparando el regalo, tío Braulio. Y prepare usted también una habitación por si va a visitarle el nuevo sobrino...

BRAU. ¡Hola!

LUIS Hasta ahora. (*Mutis con Carmen por la izquierda.*)

- BRAU. Esas tenemos, ¿eh?
- CARLOS No haga usted caso. Luis está siempre de broma y porque a Isabel y a mí nos gusta charlar algunas veces...
- BRAU. Pues mire usted: yo soy muy franco. Si no es verdad, siento que no lo sea. Yo quiero mucho a mi sobrina Isabel, que es lo único que vale en esta casa... (*A un gesto de Carlos.*) ¡Lo único! Y entre que se la lleve cualquier imbécil de los que ahora se estilan, o un hombre honrado y de talento como usted, la elección no me parece dudosa.
- CARLOS Su bondad me confunde, pero yo no puedo pensar... Mi posición es demasiado modesta para...
- BRAU. Déjese de humildades... Vanidosas... Además, demasiado sabe usted que esta familia vale bien poco, por desgracia para ellos.
- CARLOS Por Dios, no diga eso. Don Fernando es un hombre verdaderamente superior; una de las grandes figuras de nuestro época.
- BRAU. ¡Pchs!; pase por Fernando. Aunque algo improvisado reconozco que es un hombre de mérito. Pero ¿los demás?...
- CARLOS Los demás, también son buenos a su modo.
- BRAU. No lo dirá usted por mi hermana, que es tonta de nación, como dicen algunos, ni por su hija Carmen, una mujer con tres

hijos y que no piensa más que en componerse y en divertirse; ni menos por su marido, por Luis, un tontaina, incapaz de los sacramentos y que no ha hecho nada bueno en su vida.

CARLOS ¡Ah! No. Eso no. Decir en mi presencia que Luis no ha hecho nada jamás, es cometer la mayor de las injusticias. Yo soy un testimonio vivo de lo contrario.

BRAU. ¿Usted?

CARLOS Hay una página en la historia de Luis, que por sí sola bastaría a redimir todas sus culpas por grandes que fueran.

BRAU. Me alegraría conocerla.

CARLOS Pues la va a conocer ahora mismo, porque yo creo cumplir un deber al contársela a cuantos la ignoran. Es lo menos que puedo hacer en pago de mi deuda.

BRAU. Le oiré con sumo gusto.

CARLOS Sepa usted que yo soy de humildísimo origen. Mis padres fueron unos pobres campesinos, poco más que unos jornaleros. Por cariño a mí, que era su hijo único, tuvieron empeño en hacerme estudiar y darme carrera. Me enviaron aquí, cuando apenas tenía nueve años y en el colegio en que me pusieron—Dios sabe a costa de cuantos sufrimientos y privaciones—fué donde conocí a Luis y nos hicimos los mejores amigos del mundo sin que entibiara nuestro afecto la diferencia de nues-

tras posiciones respectivas, sino más bien al contrario. Así transcurrieron los primeros años del bachillerato y llegó el último, durante el cual murieron mis padres, los dos en menos de un mes. Me quedé solo en el mundo y sin recursos de ningún género, porque toda la hacienda de mis padres no bastaba para pagar las deudas que habían contraído para costear mi educación. No me quedaba, pues, otro porvenir que volverme al pueblo en que había nacido a destripar terrones... Pero, Luis, no lo consintió.

BRAU. ¿Eh?

CARLOS Su madre fué a buscarme al colegio y me dijo: «sé la desgracia que sufres; mi hijo no hace más que llorar desde que la conoce, porque no quiere separarse de tí ni que renuncies a tus estudios... Si has perdido a tu madre, yo trataré de suplirla. Vente a mi casa y allí te tendremos hasta que concluyas tu carrera. . Y me cogió de la mano y me llevó a su casa y me tuvo a su lado siete años. Allí estudié, allí me hice hombre y allí me labré un porvenir, junto a Luis, que fué siempre para mí el mejor de los hermanos. Dígame usted, si después de esto, puedo yo consentir que se diga, cuando se habla de él, que no ha hecho nada meritorio en su vida.

BRAU. Reconozco mi error. En ese punto, su con-

ducta y la de usted son igualmente dignas de alabanzas.

CARLOS ¿La mía?

BRAU. No es muy frecuente recibir favores; pero hay algo menos frecuente todavía, agradecerlos.

ISABEL (*Entrando en escena por la izquierda.*)
Hola...

BRAU. ¿Qué, ya te han dicho esos que estaba aquí?...

ISABEL ¿Eh?

BRAU. (*A Carlos.*) No comprende la pobre muchacha. Y es que es cortita, cortita...

ISABEL ¿Pero?

BRAU. No te preocupes, mujer; ya me voy. El oncenno no estorbar.

ISABEL ¿Pero qué dice?...

BRAU. ¡Qué dice!... ¡Qué dice! .. Mire que bien se hace la tonta cuando le conviene.

ISABEL Le aseguro a usted que...

BRAU. Bueno, mira; despídeme de todos. Yo, al comedor no vuelvo. Mas Remigito, no; y mas Africa, tampoco. Africa para los moros.

ISABEL ¡Por Dios, tío!

BRAU. Eso decía el marido hace poco hablando de la guerra, pero lo decía de un modo, miraba a su mujer de una manera, que yo creo que lo decía con segunda. Ea, hasta otro rato. (*Alargando a Carlos la mano.*) Tendré mucho gusto en comer con usted esta noche. ¿Le es posible?

- CAR. Honradísimo.
- BRAU. Pues en el Ritz; a las nueve y media.
- CAR. Perfectamente.
- BRAU. Hasta luego.
- CAR. Hasta después.
- ISABEL Adiós, tío.
- BRAU. (*Besándola.*) Es muy simpático... Muy simpático. (*Mutis por la derecha.*)
- ISABEL (*Tras una breve pausa.*) Le ha gustado usted a mi tío.
- CAR. Ya es algo.
- ISABEL No algo; mucho. El tío Braulio, por los negocios que abarca, puede dar ocupación a más de un ingeniero, y como usted lo que desea es trabajar en su carrera...
- CARLOS Pues nada, procuraré hacerme agradable a sus ojos. Le daré coba, como vulgarmente se dice, para que me asocie a alguna de sus empresas. Con poco me conformo.
- ISABEL ¿Pero de veras carece usted de ambición? Porque todo el mundo dice que tiene usted condiciones para hacer carrera y que sería usted muy pronto cuanto deseara.
- CARLOS Líbreme Dios de desear cargos ni honores. Si tengo alguna ambición no va por el cauce de la política. Yo no aspiro a ser diputado, ni director, ni ministro: me contento con ser lo que soy: un ingeniero y nada más. El colmo de mis aspiraciones sería que se aceptara por el Gobierno al-

guno de mis proyectos, el de la granja avícola, por ejemplo, y ser designado para fundarla a mi gusto. ¡Ay si yo lo consiguiera! Soy un gran partidario de la vida tranquila.

ISABEL Ya lo veo, ya.

CARLOS Escogería una comarca andaluza; un buen campo con mucha luz y muchos árboles, me haría en él una casita llena de azulejos, con su patio y su azotea y allí me iría huyendo de ambiciones y de miserias a vivir tranquilo y feliz.

ISABEL Lo que no sabía es que fuera usted misántropo. Porque eso de fundar la felicidad en vivir sólo en el campo...

CARLOS ¿Y quién le ha dicho a usted que viviría sólo? ¡Quiá! La soledad absoluta no es compatible con la ventura. Me refiero a lo que llamó el poeta: «La soledad de dos en compañía... y hasta en compañía de algunos chicos...»

ISABEL Ah, vamos. También eso forma parte del programa...

CARLOS No se trata de un programa, sino de una aspiración; de un deseo. Y en aquel campo de Andalucía, donde todo parece más... más ..

ISABEL (*Coquetísima.*) ¿Está usted decidido a que sea en Andalucía?

CARLOS Sí.

ISABEL Entonces la casita tendrá que ser de un solo piso.

CARLOS ¿Para qué más? Arriba la azotea con sus claveles ..

ISABEL Y en el patio también pondrá usted...

CARLOS Claro: para que rodeen la fuente ..

ISABEL ¡Ah! ¿Va usted a poner fuente?

CARLOS Naturalmente. ¿Cómo había de faltarle? No pueden faltar ni la fuente, ni el toldo.

ISABEL La vela, como la llaman allí... Para dejarlo a esa media luz tan deliciosa, tan suave...

CARLOS Y dormir la siesta en las tardes de verano, en aquella mecedora de rejilla, que son tan frescas...

ISABEL Y por supuesto todo blanco.

CARLOS Cada quince días venga cal. Es lo único contra las moscas. Vamos, es que estoy viendo la casa: en lo alto de una colina...

ISABEL ¡Por Dios! ¡En lo alto! ¡Que achicharradero! En bajo estará más sombreada y resguardada.

CARLOS Es que rodeándola de árboles que le den sombra...

ISABEL ¿Y el viento?

CARLOS ¿Qué viento?

ISABEL ¡Qué viento ha de ser! El que sople: todos; porque estando en alto... Crea usted, que en alto, es imposible.

CARLOS ¡Bah!

ISABEL Hombre, no sea usted terco.

CARLOS Usted es quien se empeña en lo que no puede ser.

ISABEL (*Rompiendo a reir.*) ¡Ja, ja, ja!... Esto pa-

rece el pasillo de las olivas. Estamos discutiendo a cómo vamos a vender las aceitunas antes de plantar el árbol...

CARLOS (*Acercándose a ella y cogiéndole una mano.*)
¿Quiere usted que lo plantemos juntos, Isabel?...

ISABEL (*Cvergonzada.*) ¡Carlos!...

REMI. (*Entrando en escena por la izquierda y quedándose de una pieza.*) ¡¡Mah-jongg!!... ¡Isabel y Carlos, al verle, desimulan.) Y mah-jon de parejas que me va a costar un ojo de la cara (*A Carlos.*) Buenas tardes.

CARLOS Buenas tardes.

REMI. Pues venía a... Me dijeron que estaba aquí don Braulio y quería preguntarle eso... Porque a mí no... Ahora que si estorbo me voy.

ISABEL ¡Hombre, por Dios!... Ibamos a entrar ahora mismo para que Carlos tomase una taza de té... ¡Ay! Pero ustedes no se conocen ¿verdad?

REMI. Sé quien es el señor, pero hasta ahora no había tenido el gusto.

ISABEL (*Presentando.*) Carlos Arellano... Remigio Picatoste.

CARLOS ¡Ah! Picatoste... Sí. Ya lo creo.

REMI. ¿Ha oído usted hablar de mí?

CARLOS Sí; muchas mañanas...

REMI. ¿Cómo? (*Isabel sofoca la risa.*)

CARLOS Que muchas mañanas leo los ecos de sociedad de...

- REMI. ¡Ah! Creí que... (*Amenázador.*) Porque a mi no... ¿Eh? ¡A mi, no!
- CARLOS No me explico.
- REMI. Yo me entiendo y me bailo solo.
- CARLOS Pues es mérito.
- CARDO. (*Por la derecha.*) ¿Se puede?...
- ISABEL ¿Quién?..
- CARDO. ¿No está el señorito Luis? Porque hay en el salón un caballero que dice que está citado con él..
- ISABEL Que aguarde un momento. Yo misma le llevaré el recado. ¿Viene usted, Carlos?
- CARLOS Con mucho gusto. (*Ceremoniosamente a Remigito.*) Para servir a usted...
- REMI. (*Estiradisimo.*) ¡Beso a usted la mano!
- CARLOS (*A Isabel, al hacer mutis con ella por la izquierda.*) ¡Qué ridículo!..
- ISABEL Y sobre todo qué inoportuno. (*Mutis.*)
- REMI. (*Guiñándole a Cardona.*) ¿Eh?
- CARDO. ¿Qué?
- REMI. El secretario. Un fresco ventajista que me ha puesto el pie. Pero yo a ese pie le piso un callo. ¡Pupílibus y retinítibus!
- CARDO. ¿Pero usted cree que él y ella?...
- REMI. Ya los he visto aquí en un plan de... jugada límite. «Buqué», su viento, el viento de moda y... mano limpia.
- CARDO. ¿Y eso qué es?
- REMI. Ahora, que yo juego a carácter y se van a oír las bofetadas en Pekín.
- CARDO. ¡Cómo! ¿Pero usted también?...

REMI. Claro hombre: coladísimo. Como que ella es estupenda. Porque como mujer está bestial. Pero se conoce que ese títere... Después de todo, por no ser sobrino de don Braulio casi me alegro. ¡Qué tío bestial!

CARDO. (*Con las de Cain.*) ¿Eh?...

REMI. ¿Usted ha visto en su vida un tío más grosero que ese?

CARDO. (*Como antes.*) ¿Que quién?

REMI. Que don Braulio.

CARDO. (*Cogiéndole de las sôlapas y zamarreándole.*) Eso me lo va usted a decir a mí en la calle.

REMI. ¡¡Cardona!!

CARDO. ¡Don Braulio es para mí más que si fuera mi padre porque a él le debo cuanto soy y yo he jurao patearle los intestinos a quien le ofenda delante de mí!

REMI. (*Asustado.*) ¡Caramba, Cardona...! ¡¡Luis!!.. (*Llamando.*) ¡¡Luis!!... ¡Suélteme usted!

CARDO. (*Soltándole.*) ¡Y chitón!

REMI. Es que...

CARDO. (*Amenazador. Viendo salir a Luis, por la izquierda.*) ¡¡Chitón!!...

LUIS (*A Cardona.*) ¿Está ese señor en el despacho?...

CARDO. En el salón como usted me indicó.

LUIS Perfectamente. (*Mutis por la derecha.*)

CARDO. (*Iuiciando el mutis tras él y volviéndose amenazador desde la puerta.*) ¡¡Y chitón!!... Hasta luego. (*Váse.*)

- REMI. (*Arreglándose la corbata.*) ¡Qué bárbaro!... Nada, que me ha hecho cisco. ¡Ya lo creo! El ojal del cuello roto.. ¡Qué bestia!
- RAMO. (*Que ha entrado en escena por la izquierda.*) ¿Desea algo el señorito?
- REMI. Un cuello del treinta y ocho que no es cosa que tendrás tú a mano ¿verdad?
- RAMO. ¿Qué le ha sucedido?
- REMI. Ese animal de Cardona, el ordenanza, que es más bruto que un camión cargado de lingotes.
- RAMO. (*Digna.*) Advierto al señorito, que ese Cardona es mi padre.
- REMI. ¡¡Mah-jongg!!
- RAMO. Más lo es usted, so sinvergüenza.
- REMI. ¡Muchacha!
- RAMO. Y si yo fuera hombre, se comía usted ese insulto. Pero se lo diré a él para que le pida a usted cuentas.
- REMI. Mujer, que he dicho mah-jongg.
- RAMO. «Resperte» usted que soy una señorita. (*Se va por la derecha.*)
- REMI. ¿Qué entenderá por mah-jongg, esta burra? Pues sí que me estoy preparando una salidita estupenda.
- ANGUS. (*Por la izquierda con Africa, Fulia, Fulinés, Carmen, Isabel, Carlos y Samuel. Trae ya puesto el dorno de cabeza y todo.*) Nada: conozco a mis clásicos; llegaremos tarde; los dos primeros platos nos los perdemos. Como si lo viera.

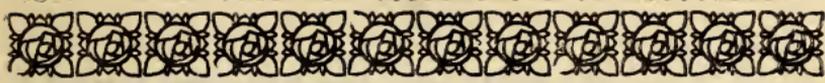
- CARDO. (*Por la derecha.*) El señor Ministro acaba de llegar.
- ANGUS. ¡¡Gracias a Dios!! (*A Ramona, que entra también por la derecha.*) A ver, Ramona... Avise a Eufrasia y a Eulogia... El agua caliente... El infernillo para las tenacillas... (*Váse Ramona por la izquierda.*) Niñas: una camisa de las nuevas. ¡Vamos!...
- CAR. ¡Por Dios, mamá!...
- ISABEL Espera, mamá...
- ANGUS. (*A Africa, Julia y Julines, con las que forma grupo.*) ¡No tienen mi sangre!... (*Si-guen hablando.*)
- CARLOS (*Que habla con Isabel en el extremo izquierda de la escena.*) Gracias, Isabel: correspondiendo a mi cariño me hace usted el más feliz de los hombres.
- CAR. (*Acercándose afanosamente a Luis que entra en escena por la derecha.*) ¿Qué?...
- LUIS (*Un poco pálido y tembloroso.*) Ya.
- CAR. (*Idem.*) ¿Tienes ya en tu poder?...
- LUIS Sí. Mi madre está salvada, gracias a Dios. Ahora mismo le llevaré la mayor de las alegrías.
- ANGUS. ¡Dios mío! ¿Pero qué hace Fernando?... (*Llamando hacia la derecha.*) ¡¡Fernando!!... ¡Es una sangre!... (*A Carmen.*) Y ustedes también tienen una pasta... Nada: que hoy como siempre tendré yo que hacerlo todo... ¡Todo!... Con el permiso de ustedes...
- CAR. ¡Mamá!...

ISABEL ¡Pero mamá!...

ANGUS. ¡Dejarme!... ¡Dejarme!... ¡No tengo paciencia! ¡Fuera!... (*Se engancha el traje con un mueble y se rompe la falda. Todos dan un grito.*) ¡¡¡¡Ah!!!! ¡¡¡Mi traje!!!!...

REMI. ¡¡Mah-jongg!!

TELÓN



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.—Es de día.

(Cardona, de pié junto a una mesa en la que hay varios periódicos, hojea alguno de ellos.)

CARDO. También este tira su puñaladita. (*Dobla el periódico y lo pone sobre los demás.*) Hicieron mal en suprimir la censura. Por supuesto, que yo en el pellejo de don Fernando, al instante me iba a disgustar por estas calumnillas... Pero él no tiene la experiencia que uno. Él no lleva más que seis meses de Ministro y en cambio uno lleva allí veinte años. (*A Ramona que entra en escena por la segunda puerta de la izquierda.*) ¿Qué ha dicho?

RAMO. Que ahora salderá.

CARDO. ¡Salderá!... ¡Salderá!... ¡Saldrá, «bodroque»! ¿Cuándo vas a aprender a expresarte con la «corrupción necesaria»? En eso de las erres eres como tu madre, que tiene más años que el «aguaducto» de Segovia y todavía dice «perludio», «kerpusculo» y «torpiezo» (*Nervioso.*) ¡Pero, hombre, ¿no

es más fácil decir tropiezo que torpiezo? ¡Malhaya sea!... ¡Tropiezo, mujer, tropiezo!... (*Tropieza con un mueble y se da un fuerte golpe en una pierna.*) ¡¡Maldita!!...

RAMO. ¿Ve usted? Por reñirme y por «perdicarme» ha torpezado usted.

CARDO. (*Frotándose el sitio dolorido.*) Y así me hubiera roto el bautismo, la confirmación y y los otros siete sacramentos.

RAMO. ¿Dónde se ha hecho usted daño?

CARDO. Aquí, más arriba de la espinilla; en el es-
ternón de la pierna. ¡Por vida de!... Y es que tengo hoy los nervios que son bordones de bandurrias.

RAMO. ¡Jesús, padre!... ¿Se ha contagiado usted del humor de esta gente? Porque hay que ver como están aquí de «fernéticos». Por cualquier cosilla arman cada «tirfulca» que arde el pelo.

CARDO. ¿Pero tú sabes la que se traen por ahí con don Fernando por causa de lo del puerto de Arraiz? Que si se hace; que si no se hace; que si no tienen más remedio que hacerlo porque ha habido unten; que si no se hace porque como han dicho lo que han dicho, hay que demostrar que los que han dicho lo que han dicho no tenían razón para haber dicho lo que han dicho...

RAMO. Eso, y los «dirgustos» los pagan con una. Esta mañana, porque las «firturas» no estaban bien escurridas, cosa que es «fer-

cuenta» porque «Bírgida» la cocinera las «fride» en el «auto» de sentarse los señores a la mesa, nos echaron un regaño a la «Guergoria» y a mí, que vamos, me azaré de un modo que confundí la natilla con la mayonesa y tuvieron todos que dejar la lubina. Y es que la señora, con esas cosas que dicen del señor y con haber «estarviado» la noche de la cena en Palacio la joya que le prestaron los señores de Pica-toste, está de un vinagre y de un genio y de una manera, que además de haber perdido el «borche» parece que ha perdido también la «búrgula».

CARDO. ¿Pero la alhaja no ha parecido?...

RAMO. No señor, y cómo no se atreve a decirle a sus dueños que la ha perdido, porque ellos la tenían en muchísima estima por tratarse de un «borche» «per bomber».

CARDO. ¿Qué es eso?

RAMO. «Per bomber», que daba buena suerte.

CARDO. ¡Ah!

RAMO. Pues está que no sabe de qué hablar con ellos y pasa unos apuros y hace unos esfuerzos para dominarse, que luego le dan «depersiones» nerviosas y para dormir tienen que ponerle unas «inyerciones» que no sé si son de «tovogán» o de «tompapón».

CARDO. Y como ahora les ha dado a los de Pica-toste por venir todas las tardes...

- ISABEL. (*Por la segunda puerta de la izquierda.*)
Cardona...
- CARDO. Señorita.
- ISABEL. ¿Está el señor Arellano en el despacho?...
- CARDO. Estaba hace un momento.
- ISABEL. Haga el favor de decirle que deseo hacerle una pregunta.
- CARDO. En seguida. (*Se va por la derecha.*)
- ISABEL. (*A Ramona que se dispone a hacer mutis por la izquierda primer término.*) Oiga usted, Ramona, vendrán luego a recoger unas muestras de casa de los Rodríguez.
- RAMO. ¿Unas de «kertonas»?
- ISABEL. Sí. Diga al dependiente que esta tarde pasaré yo por la tienda y diré la cantidad que necesito.
- RAMO. Está muy bien. Lo diré también a «Guergoria» y a la «Birgida». (*Mutis.*)
- CAR. (*Entrando por la derecha.*) Hola...
- ISABEL. ¿Me estabas esperando?
- CAR. Sí, me dijiste que me llamarías a las cuatro y media...
- ISABEL. Me he retrasado un poco por causa de mamá que está hoy más nerviosa que nunca. ¿Qué, hay algo nuevo?
- CAR. Hasta ahora... Los periódicos siguen haciéndose eco, más o menos veladamente, de la especie calumniosa y la relacionan con la determinación adoptada ayer por tu padre de desistir, al menos por ahora, de la construcción del puerto de Arraiz.

ISABEL. Ha hecho bien en desistir ¿verdad? (*Carlos no responde.*) ¿No opinas tú como yo? ¿Crees que ha hecho mal?

CARLOS Mal no diré; pero yo, en su caso, no hubiera desistido jamás. Así se lo he dicho a él mismo con todo el respeto que le debo naturalmente.

ISABEL Sin embargo, yo creo que después de esas infamias que dicen de él; después de esas calumnias, no tenía otro remedio...

CARLOS ¿Por qué? La honradez de tu padre, que todo el mundo reconoce, está por encima de las calumnias. Al desistir del comienzo de esas obras, sacrifica el interés público que las reclama, al temor, un poco egoísta, de que alguien pueda sospechar de él. Y tu padre no tiene por qué sentir temor semejante. Casi es ofenderse a sí mismo. Digo: tal vez esté yo equivocado...

ISABEL No: quizás tengas razón. ¡Es tan difícil acertar! .. ¡Qué aborrecible es la política, Carlos! Tengo unas ganas de salir de esta atmósfera...

CARLOS Pues muy poco vas a tardar en salir de ella.

ISABEL ¿No me engañas?

CARLOS No.

ISABEL ¿Esperas conseguir que el Gobierno secunde algunos de tus planes?

CARLOS ¡Por Dios!... Al contrario: he renunciado a pedir el auxilio oficial. Después de lo

ocurrido con el puerto de Arraiz, no sé hasta dónde llegarían las murmuraciones, si tu padre patrocinara alguna de mis ideas. Aunque fuese algo de verdadera utilidad saldrían diciendo que los millo- nes de la nación sólo servían para favore- cer a los secretarios particulares...

ISABEL Entonces...

CARLOS (*Muy contento.*) Alégrate: tengo dinero.

ISABEL ¿Eh?

CARLOS Cuanto necesito... y un poco más...

ISABEL ¿Pero?...

CARLOS Un antiguo amigo: un muchacho rico y emprendedor, que acaba de heredar una fortuna y que se asocia a mí porque dice que tiene fe ciega en mi talento y en mi honradez. Voy por fin a realizar mi sueño, Isabel. Seré rico muy pronto: lo verás.

ISABEL ¡Bah!

CARLOS Todo me parecerá poco para podértelo ofrecer.

ISABEL Ya sabes que no soy codiciosa de rique- zas. No creo que el dinero constituya la felicidad, aunque mucho contribuya a conseguirla. Tu cariño y una existencia tranquila es lo único que deseo.

CARLOS Pues mira, yo que antes no era ambicio- so, lo quiero ahora todo para tí. No sabes con cuanto afán he buscado este dinero que necesitaba con urgencia, porque creo que con él he de cimentar la obra de nues-

tras venturas. Tenía la seguridad de encontrarlo... Lo hubiera sacado... no sé, de las entrañas de la tierra. ¡Tengo tantos deseos de lograr un poco de independencia para hacerte mía!... Tú no puedes imaginarte lo que tu cariño supone para mí en mi vida... En esta vida de soledad y de triteza... Tú has vivido siempre rodeada del cariño de los tuyos; en una casa, que era tu casa; con una familia que era tu familia... Me has encontrado a mí, que te quiero con toda mi alma y mi cariño es para tí., un cariño más... (*A un gesto de Isabel.*) El más grande, porque yo te quiero como nadie te ha querido nunca... Pero un cariño más. En cambio, para mí lo es todo... ¡todo! Porque fuera del afecto que guardo a la madre de Luis, a esa santa mujer que ha hecho para mí las veces de madre, ¿qué otro cariño me liga a la vida más que el tuyo?

ISABEL ¡Carlos!...

CARLOS Tú, no sé si podrás prescindir de mí...

ISABEL (*Apasionadamente.*) ¡No!...

CARLOS Yo de tí no podré prescindir jamás. He puesto en tí todos los afectos y todas las ternuras de que puede ser capaz un hombre. Te debo el mayor de los orgullos, porque sé que me quieres por mí mismo, ya que fuera de mi propia persona, no hay nada en mí que merezca ser cotiza-

do... Y te debo, por tanto, la mayor de las gratitudes, porque en estos tiempos en que el romanticismo se traduce en cheques y el idealismo en caballos de fuerza, tú has despreciado realidades para descender a quien no es más que una esperanza.

ISABEL Hay esperanzas que merecen todos los sacrificios.

CARLOS ¡Gracias, Isabel de mi alma!...

CARDO. (*Por la derecha.*) ¿Don Carlos? ..

CARLOS ¿Eh?

CARDO. Perdóneme que le interrumpa.

CARLOS Diga.

CARDO. Yo también he tenido mis veinticinco y me hago cargo de las cosas...

CARLOS Bien: dígame lo que desea.

CARDO. De la secretaria del ministerio le llaman por teléfono con toda urgencia.

CARLOS Diga que ahora mismo voy para allá.

CARDO. Perfectamente. (*Haciendo mutis por la derecha.*) Falta la propinilla... Ya lo dijo Campoamor: ¡qué gran cosa es el amor! (*Se va.*)

CARLOS En el campo, en la casita que construyamos en el fondo del valle, a tu gusto, para que los vientos no la azoten, no nos interrumpirá nadie cuando yo te esté hablando de mi cariño.

ISABEL ¡Quién sabe!

CARLOS Es verdad: los chiquillos son siempre tan traviosos...

- ISABEL ¡Tonto!..
- CARLOS Hasta luego.
- ISABEL Espera: aquí llega mamá. No te vayas sin saludarla. Ya sabes que protege nuestras relaciones.
- ANGUS. (*Por la izquierda, segunda puerta.*) Hola...
- CARLOS ¿Qué tal, señora, como va?...
- ANGUS. Regular nada más, amigo Arellano. Con tantísima contrariedad no es posible estar bien. (*A Isabel.*) ¿Le has preguntado?...
- ISABEL ¡Ay, no, que tonta! (*A Carlos.*) Mamá desea saber si has averiguado algo de lo del broche.
- CARLOS Nada. A pesar de mis pesquisas nadie me da noticias de él. En Palacio, al hacer la limpieza no han encontrado nada.
- ANGUS. Si no lo he perdido en Palacio. Precisamente al salir me habló de la joya el secretario de Cuba, un caballero tan simpático como inteligente, que se extrañó muchísimo cuando le dije que el busto era del poeta Avélio.
- ISABEL Por Dios, mamá, ¿qué Avélio? Ovidio.
- ANGUS. Claro: así se extrañaba él. Pero es que para los nombres soy fatalísima
- CARLOS ¿De modo que usted cree que perdió la alhaja en la calle?
- ANGUS. Al bajarme del coche: estoy segura. Si hasta sentí el golpe y todo. Pero con la debilidad que traía...
- CARLOS ¿Debilidad?

ISABEL. Sí: la pobre no probó bocado en la comida: ¿no sabes? Se azaró porque volcó una copa de Burdeos y manchó al Nuncio de Su Santidad.

CARLOS ¡Válgame Dios!

ANGUS. Desde entonces estoy fuera de mí, Arellano: créame usted. Y todo por culpa de la dichosa servilleta. Porque como soy tan corta de piernas se me escurrió y al agacharme a cogerla, no sé que movimiento hice que allá fué la copa del agua sobre Calzado, el ministro de marina; y al intentar cogerla, ¡paf! tiré la del vino sobre el Nuncio.

CARLOS ¡Qué apuro!

ANGUS. ¡Figúrese usted! Hubo risitas... El ministro de China, dijo por lo bajo «caramba, carambola», el Nuncio, limpiándose, dijo un latín que a mí me escamó muchísimo, y el Ministro de Marina, Calzado, que no había querido crema, cosa que nos extrañó a todos, le dijo al Nuncio haciendo un chistecito «A mi me tira el agua, pero por lo que se ve a vuestra Eminencia le tira el vino». Y excuso decirle la que se armó, porque la frase corrió por la mesa y a los cinco minutos se comentaba en once idiomas. Pero, anda, que ya me encontraré yo algún día a ese Calzado y lo voy a poner como para un escaparate.

CARLOS Sí que pasaría usted un rato...

ANGUS. Hágase usted cargo. Pero, en fin; de eso no hay ya que ocuparse. Aquí lo importante es lo del medallón, que yo no sé como decirle a los Picatostes que lo he perdido. Ellos creen que el medallón les daba la buena suerte, no hacen más que contarme las cosas desagradables que les ocurren desde hace varios días, como haciéndome ver que desde que no tienen la alhaja andan de cabeza, y vamos, yo no sé con que cara decirles que el Ave-lío... o el «Ovudio», o como se llame, no lo vuelven a ver.

CARDO. (*Por la derecha.*) Don Carlos...

CARLOS ¿Eh?

CARDO. Que vuelven a decir del ministerio que lo necesitan a usted con toda urgencia.

CARLOS Diga que salgo para allá en este mismo instante.

CARDO. Sí señor. (*Mutis.*)

ANGUS. ¿Ocurrirá algo?

CARLOS No creo.

ANGUS. Está una, que no vive.

CARLOS Voy a ver... Hasta luego.

ANGUS. ¡Ah! Oiga usted, Arellano: como yo quiero compensar de alguna manera a los Picatostes, además de la baronía de Acabatablazos que le tengo tan recomendada, deseo que le pida usted al Ministro de Estado o al de Instrucción alguna crucecilla para don Samuel. Una cruz no compro-

mete a nada y yo sé que le encantaría, porque él, muy veladamente, me lo ha indicado...

CARLOS ¿Pero a santo de qué puede concedérsele una cruz?

ANGUS. Hombre, él le ha puesto letra a la marcha real y ha hecho también una preciosa letra «euskara» al himno de la exposición de Valencia para que lo declaren himno oficial de las provincias vascongadas.

CARLOS Bien: yo hablaré a ver si es posible. Hasta luego.

ANGUS. Hasta después

ISABEL Adiós.

CARLOS Adiós. (*Váse Carlos por la derecha al mismo tiempo que entra en escena Carmen, por la primera puerta de la izquierda.*)

CAR. ¿Con quién hablaban ustedes?

ANGUS. Con Arellano que acaba de marcharse.

CAR. ¿Ha dicho algo nuevo? ¿Sabe algo?...

ISABEL Lo que sabemos todos.

CAR. ¿Es cierto que papá ha desistido al fin de la construcción de ese puerto?...

ISABEL Sí.

CAR. Creo que hace mal.

ISABEL Esa es también la opinión de Carlos.

CAR. Celebro coincidir con él.

ANGUS. Pues hija, él y tú sois las únicas personas que pensáis de esa manera. ¿No dicen por ahí que esas obras tienen que realizarse porque tu padre ha recibido dinero para

ello? Pues no haciéndolas se demuestra que eso del dinero es una calumnia. Si alguien ha dado dinero, que reclame.

ISABEL Eso es lo que he pensado yo siempre.

CAR. Sí; mirado bajo ese punto de vista... (*Rumor de voces dentro.*)

ANGUS. ¿Quién? (*Aterrada.*) ¡Ay!... ¡Ellos!... ¡¡Malditos!!... ¡Se colaron!

CAR. ¡Nos cogieron!

ISABEL ¡Pero ese Cardona!...

ANGUS. (*Desesperada.*) ¡¡Que no se los llevara el demonio!... (*Al ver a Africa en la puerta de la derecha, cambia de tono y de gesto y dice con la sonrisa más placentera.*) ¡Adelante, amiga mía, adelantel!...

AFRI. Muy buenas tardes... (*Saludos.*)

SAMUEL (*Entrando.*) A los pies de todas...

AFRI. ¿Qué tal niñas?... (*Saludos.*)

ANGUS. ¿Y Remigito?

AFRI. Ahora vendrá. Se ha llegado eu un salto al garage a ver qué le ha sucedido a la limusin». Como todo nos sale ahora mal, no sé por qué y si sé por qué, parece que anoche el chofer al meter el coche en la jaula lo estrelló contra la pared.

ANGUS. (*Inquieta.*) Válgame Dios...

ISABEL ¿Qué clase de coche es?

AFRI. Un «Gabardín; un coche canario.

ANGUS. ¿Y lo tienen ustedes en una jaula?

AFRI. Sí...

ANGUS. Yo creía que tenían ustedes garage en su casa.

SAMUEL Lo tenemos; pero en él encerramos solamente el Citroen del chico y un coche del hermano de Africa que es un Gobron muy grande.

ANGUS. ¡Bah! Entre hermanos... No hay que ponerse así...

CAR. ¿Y qué se dice por ahí?

SAMUEL ¡Se dice cada atrocidad, Carmencita!... Hay que irse de Madrid y de España. Se lo venía yo diciendo a Africa hace un instante: este es el país de las calumnias. Cualquiera rapista o barbero, inventa una estulted y a seguida las catacaldos o espuma ollas del barrio, se apoderan de la especie, la aumentan, la hinchan y abstrusan o ensambenitan a la persona más respetable del mundo.

ANGUS. Así es.

AFRI. Lo que intentan hacer con don Fernando es inaudito.

SAMUEL. Africa lo ha dicho: inaudito. Pero todo se desvanecerá o eludirá y las taimerías o desvergüenzas de esa gentuza volverá a los esterquilinios o muladares de donde no debieron salir jamás.

ANGUS. Eso mismo creó yo. (*Voces dentro.*) ¿Eh?... ¿Es Braulio?

ISABEL ¿Qué le sucede?...

CAR. ¡Jesús! Vivimos en un sobresalto continuo... (*Acercándose a la puerta de la derecha.*) ¿Qué ocurre, tío Braulio?

- BRAU. (*Entrando en escena por la puerta indicada, muy descompuesto y con un periódico en la mano.*) Hija mía, que esto es espantoso, inaudito... Buenas tardes a todas...
- AFRI. Buenas tardes.
- SAMUEL ¿Qué ocurre?
- BRAU. Con razón vivo yo lejos de este infecto Madrid y en un pueblo adonde no llegan los periódicos. ¡Esto es una sentina!
- ANGUS. ¿Pero, quieres decir de una vez lo que sucede?
- BRAU. Que tu marido está clara y francamente acusado de ladrón o poco menos.
- ANGUS. ¿Eh?...
- CAR. ¿Pero?...
- SAMUEL. ¿Quién se atreve?...
- BRAU. Este periódico, que a estas horas se vocea en todas las calles y la gente se arrebatá de las manos, con la insana satisfacción de los que piensan «ya cayó uno». ¡Cayó un redentor!... ¡Ya era hora!...
- ISABEL Pero eso es una calumnia.
- ANGUS. ¡Una infamia!
- BRAU. Desde luego que lo será, y yo soy el primero en creerlo; pero el hecho es que aquí se le acusa con pruebas, verdaderas o falsas.
- CAR. ¿Con pruebas?... ¿Qué dice ese periódico, tío Braulio? Lee, por Dios.
- BRAU. Espera: vas a oírlo. (*Lee.*) Con hondo pesar, por tratarse de un hombre ilustre

cuya reputación, hasta ahora immaculada, puede sufrir rudo golpe con ella, publicamos la siguiente carta que se nos remite: Señor director de *La Actualidad*. Muy señor mío: Entiendo que ha llegado la ocasión de aclarar lo que hay de exacto en los rumores contradictorios que vienen circulando con insistencia hace varios días sobre ciertas irregularidades que se observan alrededor del expediente de construcción del puerto de Arraiz; y siendo yo la única persona que tiene la verdadera clave del asunto, recurro a usted para que se sirva dar publicidad a estas líneas. Yo declaro, bajo mi firma, que el señor Ministro de Fomento, si no por sí mismo, por medio de persona que aseguraba representarle, prometió solemnemente que las obras de construcción de dicho puerto, cuya subasta se niega ahora a llevar a la *Gaceta*, empezarán en breve y que recibió a cambio del ofrecimiento la suma de trescientas mil pesetas que yo mismo entregué en su casa ..

CAR. ¡Jesús!...

ANGUS. ¡Qué canalla!

BRAU. Espera, espera, que aún hay más... (*leyendo.*) Como prueba de mi afirmación tengo en mi poder y a disposición de cuantos quieran verla, la carta que a continuación transcribo, con un membrete

que dice «el secretario particular del Ministro de Fomento»...

ISABEL ¿Eh?

BRAU. Y cuyo texto es el que sigue: «Señor don Cosme Atienza: Muy señor mío.

CAR. (¡Virgen santa!)

BRAU. Por encargo de mi jefe, el señor Ministro, tengo el gusto de contestar a vuelta de correo, como desea, a la carta que se ha servido dirigirle para notificarle que la construcción del puerto de Arraiz, es ya un acuerdo oficial del Gobierno, y que el anuncio de la subasta de las obras no se hará esperar muchos días. Con este motivo se ofrece a usted atento seguro servidor que le estrecha la mano, Carlos Arellano y Martínez... Y debajo: «El señor Ministro me manda le dé las más expresivas gracias por su espléndido obsequio». Ahora, la opinión juzgará. Yo me abstengo de todo comentario. Cosme Atienza.»

ANGUS. ¡Eso es una falsedad!

AFRI. ¡Una vileza!

SAMUEL ¡Una maquinación tramada o urdida para perderle!

ANGUS. ¿Quién puede haber escrito esa carta?

SAMUEL Ya lo dice la firma; su secretario.

ISABEL ¡Mentira! Carlos no es capaz de esa villanía.

BRAU. Lo mismo creo yo; pero mientras el asunto se pone en claro ¿quién evita el escán-

dalo? No se habla de otra cosa en Madrid. ¡Son tantos los enemigos de estos innovadores!...

ANGUS. Dios mío, cuando Fernando lo sepa...

BRAU. Lo sabe ya y ha procedido como debía.

ANGUS. ¿Tú le has visto?

BRAU. No, pero acaban de contarme que al llegar el periódico al Congreso, donde estaba, se produjo el revuelo que es de suponer. Alguien le dió la noticia, allí mismo, en el banco azul, y entonces él, con una serenidad admirable — dicen que fué un momento de verdadera emoción — pidió la palabra y dijo en medio del silencio sepulcral de la Cámara: «ya comprenderán los señores diputados, que después de la acusación de que soy objeto, yo no puedo continuar ni un minuto más en este banco; pero antes de abandonar el puesto pido al Congreso que suspenda la sesión mientras este asunto se esclarece, y al jefe del Gobierno que reuna en el acto al Consejo de Ministros para juzgar mi conducta.» Y así se hizo. La sesión se levantó inmediatamente y el Consejo fué convocado para dentro de una hora.

ANGUS. ¡Es horrible!... ¡Horrible!

ISABEL. Tranquilízate, mamá. Una infamia como esta no puede prevalecer mucho tiempo.

AFRI. Tiene razón Isabel; todo se aclarará al instante.

- BRAU. *(A Isabel.)* ¿Y Carlos? Necesito hablar con él ahora mismo.
- ISABEL Acaba de salir para el Ministerio de donde ha sido llamado con urgencia.
- BRAU. Voy en su busca. El solamente puede aclarar...
- ISABEL *(Con ansias.)* ¿Qué piensas de él, tío Braulio?
- BRAU. No sé, Isabelita, no sé. Ni de él ni de tu padre quiero pensar mal y sin embargo...
- ISABEL ¡Dios mío!
- BRAU. Hasta luego. *(Mutis por la derecha.)*
- ANGUS. ¡Jesús, Jesús!...
- SAMUEL Vamos, Angustias, vamos; no hay que perder la eutenia o tranquilidad del espíritu.
- REMI. *(Por la derecha, con un periódico en la mano.)* ¡Qué espanto! ¿Han leído ustedes la burrada?...
- AFRI. Sí, hijito, sí; don Braulio acaba de dárnosla a conocer.
- REMI. ¡El Karabón y la carabaña! ¡Vaya faenita de secretario! ¡Qué bárbaro!
- ISABEL ¿Eh?
- REMI. Porque por ahí nadie duda de la honradez de don Fernando. ¡Nadie!
- AFRI. Naturalmente.
- REMI. Ahora que ese pollo ha hecho las diez de últimas con el dos de bastos. ¡Vaya un punto! Bueno; con lo indignado que yo estaba; porque lo de la «limusin» ha sido

brutal. ¡Qué golpe! Nada, un acordeón. Hay que ver la pata que tenemos desde hace unos días.

SAMUEL Y que por lo visto las desgracias no llueven ya solamente sobre nosotros, sino también sobre nuestros amigos. No parece sino que es un castigo por... por...

ANGUS. ¡Ay! Me estoy sintiendo bastante mal.

CAR. (*Acudiendo a ella.*) ¡Mamá!...

ISABEL ¡Por Dios, mamá!

ANGUS. Perdonadme, pero necesito estar sola un momento. (*A Samuel.*) Ustedes son de absoluta confianza...

SAMUEL Señora, no faltaría más...

ANGUS. Siento que la cabeza se me va, como si fuera a darme un vahido.

ISABEL ¿Por qué no te echas un rato?...

ANGUS. Sí; eso me aliviará.

ISABEL Pues anda...

ANGUS. Pero por otra parte, necesito saber de Fernando...

CAR. El tío Braulio ha ido al ministerio...

SAMUEL Y yo voy a llegarme también para traerle a usted noticias. Anda, Remigito, acompáñame. Tú puedes quedarte, Africa.

AFRI. Ya estaba en ello.

SAMUEL No somos gente arcadia o sin corazón y en la hora de la tristeza sabemos cumplir con nuestros deberes u obligaciones.

ANGUS. ¡Ay!...

AFRI. Vamos, Angustias, vamos; no hay que de-

- jarse llevar... (*A Samuel.*) Hasta luego. (*A Remigito.*) Adiós, hijo mío...
- ANGUS. (*Apoyándose en Isabel o disponiéndose a hacer mutis por la primera puerta de la izquierda.*) ¡No se va Africa, hija mía! ¡No se va Africa!
- ISABEL (*Indignada.*) ¡Es ya demasiado!
- ANGUS. ¡Ay!...
- REMI. (*Acudiendo a su lado.*) ¡Pobre amiga mía!..
¿Piensa usted en su esposo?
- ANGUS. Y en Abd-El-Krim.
- AFRI. ¿Cómo?
- ANGUS. Ay, perdone; no sé lo que me digo. (*Mutis con Isabel y Africa.*)
- SAMUEL (*A Carmen.*) ¡La pobre!... Hasta luego o después, Carmencita...
- AFRI. Aquí llega Luis.
- LUIS (*Entrando por la derecha.*) Buenas tardes.
- SAMUEL (*A Luis.*) Vamos al Ministerio en busca de noticias... Hasta en seguida. (*Haciendo mutis.*) ¡Pobre gente!..
- REMI. (*Idem.*) ¡La vida es brutal! (*Se van los dos.*)
- LUIS (*Tras una breve pausa.*) ¡Carmen!...
- CAR. ¿Sabes ya lo que ocurre?..
- LUIS Sí: estoy perdido... ¡perdido sin remedio!
- CAR. ¿Ves lo que yo te decía?
- LUIS Tenías razón. Fué una locura.
- CAR. ¿Y qué piensas hacer?
- LUIS No lo sé, porque ni pensar puedo. Me parece que el mundo se ha desplomado sobre mí.

CAR. Pues es preciso que te dispongas a defenderte... Hasta ahora tu nombre no figura en este asunto... Tú no eres quien firma la carta acusadora.

LUIS ¿Y qué más da eso? Carlos dirá que la escribió porque yo le engañé y probará además que nada ha recibido... Estoy perdido, Carmen... He salvado a mi madre, pero... ¡a qué costa!

CAR. *(Al ver a Carlos, que pálido y descompuesto, entra en escena por la puerta de la derecha y se detiene bajo el dintel.)* ¡Calla!

LUIS *(Agachando la cabeza.)* ¡Dios mío!...

CARLOS *(Tras una breve pausa e indicando el periódico que dejó don Braulio sobre la mesa.)* Luis .. ¿qué significa esto? ¡Habla pronto por favor!... ¡Pronto!...

CAR. *(Interponiéndose entre ambos, al ver el gesto amenazador de Carlos.)* ¡Calma, por Dios!..

CARLOS Esta carta es mía, efectivamente; es una carta que tú me hiciste escribir delante de Carmen...

CAR. *(Siempre interponiéndose.)* Sí... desde luego, Carlos; es verdad. Ni él lo niega, ni yo tampoco...

CARLOS Recuerdo muy bien que me dijiste que no perseguías otro fin que confirmar a tu amigo una noticia que era de dominio público...

CAR. Todo eso es cierto, pero ahora resulta

que... (*Sin saber que decir*), un mal nacido... un...

LUIS Quita, Carmen, aparta. No te empeñes en evitar lo que no puede evitarse. Carlos debe saber la verdad.

CARLOS ¿Y cuál es la verdad?

LUIS Que soy un miserable. Mátame si quieres. Estás en tu derecho.

CARLOS ¿Eh? ¿Qué quieres decirme?

LUIS Que te engañé vilmente; que abusé de tu confianza, tendiéndote un lazo, en el que caíste...

CARLOS ¿Entonces?...

LUIS Lo que dice ese comunicado no es una calumnia. ¡Yo he recibido ese dinero!

CARLOS ¡¡Luis!!

LUIS ¿A qué negar lo que al fin acabaría por descubrirse? No quiero agravar mi culpa con la hipocresía.

CARLOS ¡Dios mío!... Tú, mi mejor amigo; mi hermano: el hijo de la santa mujer que amparó mi orfandad y cuyo nombre bendigo siempre...

LUIS No me digas nada. Por muy duramente que me acuses, nunca lo harás con tanta dureza como lo hago yo mismo, pero... hubo algo que me empujó; algo que... No sé; creo que cien veces que me viera en caso análogo, volvería a hacer lo que hice.

CARLOS ¿Eh? ¿Pero?..

LUIS Pensemos ahora solamente en arreglar nuestras cuentas.

CARLOS ¿Nuestras cuentas?

LUIS Sí. Yo no debo dejarte bajo el peso de una acusación falsa, ni puedo comprometer el honor de don Fernando. Es preciso que lo confiese todo.

CAR. (*Angustiado.*) Para confesar la verdad hay tiempo siempre; en cambio para pensar en la manera de salvarte, no hay más que un instante; Ahora.

LUIS (*Irónico.*) ¡De salvarme!... ¿Existe acaso salvación?...

CAR. (*Apuradísima.*) Sí, sí; alguna habrá... Debe haberla. ¿No es verdad, Carlos, que debe haber alguna y que usted nos ayudará a encontrarla?

CARLOS La mitad de mi sangre daría por conseguirlo.

CAR. Pues pensemos, pensemos... No nos ofusquemos, por Dios...

LUIS Es inútil, Carmen; es inútil que te aferres a una esperanza ilusoria. No hay solución... Es decir, sí: hay una... ¡una sola!... y esa es la que tenemos que aceptar, porque hará ver claramente que solo yo fui el culpable.

CAR. ¿Eh?...

CARLOS ¿Qué quieres dar a entender, Luis?

LUIS Lo que tú, que eres hombre de honor debes haber comprendido: que solo mi...

desaparición puede resolver el problema.

CAR. (*Aterrada.*) ¡Luis!...

CARLOS ¡Calla!... ¿Dices eso delante de tu mujer, de la madre de tus hijos?...

LUIS Por ellos debo hacerlo: por librarles de la ignominia de llevar mi nombre.

CAR. ¿Y a tu madre, también vas a librarla?... ¿Piensas que la pobre vieja sobrevivirá a tu muerte?...

LUIS ¿Y sobrevivirá acaso a mi deshonor, cuando sepa que precisamente por salvarla me perdí para siempre?

CAR. ¿Eh?... ¿Qué dices?... ¿Pero?...

LUIS Sí, Carlos, sí. (*Se echa a llorar.*)

CARLOS ¿Que fué por?...

CAR. (*A Carlos.*) Por salvarla: solo por salvarla... Usted conoce la situación en que han quedado por causa de esa quiebra maldita... Ella, que era la depositaria de los bienes de esa fundación benéfica que preside, faltando a lo estatuido, tenía el dinero de la fundación juntamente con el suyo, sin hacer cuenta aparte, y al perderlo, al no poderlo devolver...

CARLOS (*Abismado.*) ¡Jesús!...

CAR. Esa era la tristeza y hasta la enfermedad de la pobre señora.

CARLOS (*A Luis.*) ¿Y por qué no pediste?...

LUIS Sí pedí, Carlos; a todos... Carmen lo sabe... ¡A todos!... ¡Y nadie quiso auxiliarme!...

CAR. ¡Y el plazo vencía!...

LUIS ¡Y era el escándalo... la deshonra... ¡¡su vida!!... (*Casi sin poder hablar ahogado por las lágrimas.*) Entonces yo... ¿Verdad que no hice tan mal?... (*Carlos, hondamente conmovido, tan conmovido que no puede hablar, le da un fuerte abrazo.*) ¿Me perdonas?...

CARLOS ¿Ella no sospecha siquiera?...

LUIS No.

CARLOS Pues es preciso que lo ignore siempre, Luis... ¡¡Siempre!!... (*Pausa.*)

CAR. La deuda ascendía solamente a ochenta y dos mil pesetas; el resto, hasta las trescientas mil, ahí lo tenemos. Es un dinero al que no queremos ni tocar porque hasta el verlo nos causa horror.

CARLOS (*Abismado, tras una pausa.*) Hiciste bien en salvar a tu madre, Luis, ella, para los dos, debe ser siempre lo primero de todo. No te preocupes, yo acabaré la obra empezada por tí.

LUIS ¿Eh?...

CAR. ¿Qué?

CARLOS Ni tu madre ni tú debeis ser las víctimas de esta... desgracia. Hay que salvar vuestro nombre que es también el de tus hijos; el de unos inocentes a quienes debes dejárselo limpio de toda mancha. A tu madre y a tí debo cuanto soy y por ella y por tí debo sacrificarme...

LUIS ¡¡Carlos!!...

CARLOS No me lo agradazcais porque no es una merced sino una restitución. Os devuelvo lo que me disteis.

LUIS ¿Pero?...

CARLOS Siendo todo esto cosa mía, no se alterará la paz de esta casa, ni se romperán vuestras relaciones con don Fernando de cuya protección estais tan necesitados en estos instantes. Yo hablaré con ese señor Atienza y sabré arreglarlo convenientemente.

CAR. ¡Dios mío!

CARLOS Puesto que tu nombre no ha sonado aun en este asunto, yo te aseguro que no sonará ya. La carta está firmada por mí y yo debo hacer honor a mi firma. (*Abrazándole conmovido.*) Yo soy quien ha abusado de la confianza de don Fernando; yo quien ha recibido el dinero; yo el único responsable.

LUIS No, Carlos, no...

CARLOS ¿Por qué no? ¿Tengo yo derecho a ser feliz, no siéndolo tu madre y tú? Compartí vuestra dicha cuando érais venturosos y yo desgraciado; es justo que comparta vuestra desventura hoy que vosotros sois desgraciados y yo soy feliz... ¡¡Porque yo era feliz!!...

LUIS ¿Pero cómo aceptar?...

CARLOS No perdamos el tiempo. El consejo de ministros va a reunirse dentro de pocos mo-

mentos y es preciso que don Fernando vaya a él provisto de la prueba de su inocencia: una carta mía declarándome autor de la estafa y diciéndole que devuelvo a ese Atienza el dinero recibido.

LUIS Pero ¿cómo vas a restituir incompleta la suma?

CARLOS Es verdad. Tal vez ese amigo mío... El quería asociarse a mí... (*Rumor de voces dentro.*) ¿Eh?... ¡Silencio! Don Braulio.

BRAU. (*Por la derecha.*) ¡Gracias a Dios que le encuentro, hombre! (*Por el periódico.*) Ya supondrá mi impaciencia por saber... (*Todos callan.*) ¿Eh?... ¿Qué es esto, amigo Carlos?... ¿Cual es la explicación de este enigma? ¿Se trata de un «chantaje», o de una invención calumniosa, o de un documento falso?... De alguna de esas cosas debe tratarse por fuerza.. De todo menos de lo que aquí se afirma, porque ni usted ni Fernando son capaces de lo que se les atribuye... Eso no necesito preguntarlo... Les ofendería si lo hiciera... (*Larga pausa. Los tres permanecen mudos.*) Pero... ¿no me contesta?... ¿Qué significa ese mutismo? ¿Es que estoy equivocado?... Habla, tú, Luis.

LUIS (*En un arranque de nobleza.*) ¡Sí, yo hablaré, yo diré la verdad!...

CAR. (*A Luis, angustiosamente.*) ¡Por Dios!...

LUIS ¡Déjame!...

CARLOS *(Atajándole.)* ¡Luis!... Atiende la súplica de tu mujer, más bondadosa conmigo que tú.

BRAU. ¿Eh?...

CARLOS No eres tú, mi hermano, quien debe acusarme. Para evitarte ese sonrojo me acusaré yo mismo... En su pregunta don Braulio, está usted equivocado, a medias solamente. Hace usted bien en afirmar que don Fernando no puede haber cometido la infamia de que le acusan. Con respecto a mí, mi actitud le responde con claridad sobrada.

BRAU. ¿Eh? ¿Que usted?...

CARLOS Como todo el que comete una mala acción creí que mi falta no se descubriría jamás, y deseoso de pagar una deuda en mal hora contraída...

CAR. Hay que perdonarle; ¿verdad tío? Su vida anterior atenúa la falta. Una vida ejemplar de labor y de inteligencia... Hay que... disculparle...

BRAU. *(Mirando a unos y otros insistentemente, como queriendo leer en el alma de todos.)* Sí, sí... Haces bien en disculparle. A mí mismo, aun después de su confesión, me cuesta trabajo creer...

CARLOS No tengo derecho a ser juzgado con benevolencia por nadie y menos por usted, que tanto afecto me ha demostrado siempre.

BRAU. ¿Y qué piensa usted hacer?

CARLOS Confesar la verdad. La única disculpa que merece mi... felonía es que estoy dispuesto a repararla en el acto. La honradez de don Fernando no estará en entredicho sino breves momentos, y su inocencia quedará plenamente probada porque voy a escribirle una carta, que quiero que reciba al entrar en el Consejo de Ministros que va a celebrarse, en la que le diré la verdad de lo ocurrido.

BRAU. Sí; escríbala, escríbala al punto.

CARLOS Es que no puedo hacerlo sin tener completa la cantidad que he recibido y que es preciso que devuelva. En la carta debo empezar por decir que ese dinero ha vuelto ya a manos de quien me lo entregó y para poderlo decir necesito que alguien me preste las ochenta y dos mil pesetas que me faltan.

BRAU. (*Mirando a Luis, que no levanta los ojos del suelo.*) ¿Eh?...

CARLOS Acudiré a un amigo que tenía fe en mí...

BRAU. (*Tras una breve pausa.*) No acuda usted a nadie. Antes de media hora tendrá usted esa cantidad en su poder.

CAR. ¡Gracias, tío Braulio!

LUIS ¡Nos salva usted a todos!

CARLOS Gracias, don Braulio, no por mí que no lo merezco sino por ellas que lo merecen todo y algún día podré devolverle ese dinero, se lo juro, soy joven y sabré rehacer mi vida.

BRAU. Escriba la carta. Yo la llevaré a su destino. Un documento de esa clase no debe confiarse a un criado. Escríbala y saldremos juntos en seguida.

CARLOS ¿No le importa ir conmigo, después de lo que sabe?..

BRAU. (*Después de mirarle fijamente.*) Escriba esa carta... y saldremos juntos. (*Mutis por la izquierda último término.*)

CARLOS (*A Luis, una vez que se ha marchado don Braulio.*) Ese dinero, pronto...

LUIS Ahora mismo. (*Avergonzadísimo.*) ¡Carlos!

CARLOS ¡Vamos!

CAR. (*Cogiéndole una mano.*) Nunca olvidaré, Carlos...

CARLOS Dígale a Isabel que me perdone... No quiero volverla a ver. (*Luis y Carmen hacen mutis por la primera puerta de la izquierda. Tras una breve pausa, sentándose a la mesa y disponiéndose a escribir.*) ¡Dicha, porvenir, sueños de cariño... todo!... ¡Es horrible, Dios mío!... ¡Es horrible!.. (*Al empezar a escribir deja caer la cabeza y ahoga un sollozo. Al cabo se repone y escribe febrilmente. Después de firmar la carta que acaba de escribir.*) En paz con todo el mundo. He pagado los favores recibidos. Ahora... sea lo que Dios quiera.

ISABEL (*Por la primera puerta de la izquierda.*) ¿Esa es la carta que ha escrito usted a mi padre?

CARLOS ¡Isabel!... (*Se levanta y va hacia ella, pero Isabel le detiene severamente con el ademán.*)

¡Isabel!... (*Pausa.*)

ISABEL ¿Era ese el dinero de que me hablaba? (*Carlos baja la cabeza sin contestar.*) ¿Ese el amigo que deseaba asociarse con usted?... Bien decía usted que estaba dispuesto a sacar el dinero de cualquier parte.

CARLOS ¡Isabel!...

ISABEL Deseo conocer los términos de esa carta. Quiero que la declaración que haga usted en ella no deje lugar a dudas.

CARLOS (*Dándole la carta.*) Tome usted, léala. Si juzga que mi confesión no está bien clara, yo la redactaré de nuevo y en la forma que usted determine.

ISABEL (*Lee la carta.*) La confusión es clara y explícita. (*Le devuelve la carta.*) Hay que agradecerle esa nobleza... si es aplicable la palabra, que creo que no.

CARLOS Dios perdona cuando se confiesan las faltas. Cuando la contricción es muy grande y muy dolorosa, no solo perdona sino que premia.

ISABEL Yo no soy más que una mujer desengañada y ofendida y yo no perdono; desprecio.

CARLOS ¡Isabel!

CAR. (*Que ha entrado por la izquierda, con Luis.*)
¡Isabel!...

ISABEL Ven, vámonos...

- CAR. Sí... ¿Por qué le has hablado? ¿No me prometiste?...
- ISABEL *(Haciendo mutis por la izquierda, con Carmen.)* ¡Era necesario! *(Se van.)*
- LUIS *(Dando a Carlos un sobre bastante abultado.)* Toma.
- CARLOS *(Por Isabel.)* ¿Has oído?
- LUIS Sí. Yo no merezco ni besar donde tú pisas. *(Intentando caer a sus pies.)* ¡Carlos!...
- CARLOS *(Impidiéndolo y abrazándolo.)* ¡Quita!...
- LUIS ¿Y aun me das un abrazo?
- CARLOS No es para tí, es para que se lo lleves en mi nombre a tu madre. *(Vase Luis por la primera puerta de la izquierda.)* ¡No me quería! Cuando se quiere de veras, en la oscuridad más absoluta, sabe leer nuestro corazón... ¡Esta sí que es pena para mí! *(Al ver a don Braulio que entra en escena por la izquierda segundo término.)* Aquí tiene la carta. Isabel que la ha leído la encuentra clara y terminante.
- BRAU. *(Rechazándola.)* No me hace falta leerla. Me consta que sabe usted hacer bien las cosas.
- CARLOS Entonces... estoy a la disposición de usted.
- BRAU. Un momento; hay tiempo de sobra. Antes de marchar tengo precisión de hablar muy claramente con usted.
- CARLOS Usted me dirá.
- BRAU. *(Bajando la voz.)* Pues le digo que usted no es un canalla aunque lo asegure.

CARLOS ¿Eh?..

BRAU. Que usted no es capaz de cometer la villanía de que se acusa.

CARLOS Desgraciadamente, don Braulio...

BRAU. Hábleme con franqueza, como le hablaría a un hermano o a un confesor...

CARLOS Vuelvo a repetirle que desgraciadamente.

BRAU. Está bien. Usted se niega a decirme la verdad y yo me niego igualmente a facilitar el dinero que ofrecí.

CARLOS Piense usted que se trata del interés de su familia, del honor de todos.

BRAU. Para mí no se trata más, en este momento, que de saber lo que hay en el fondo de la farsa que está usted representando. Yo soy terco: el dinero o la verdad; escoja usted.

CARLOS ¿Aunque don Fernando quede bajo el peso de esa acusación?

BRAU. ¡Aunque se hunda el mundo!

CARLOS ¡Don Braulio!

BRAU. ¡Mire usted Carlos: yo he visto hace un instante la actitud de Luis: yo conozco el apuro en que se encuentra su madre, porque a mí me ha pedido hace poco esa cantidad que le negué creyendo que se trataba de una superchería... Yo sé lo que usted les debe; yo he oído la defensa que ante mí mismo ha hecho usted de Luis... Yo creo no equivocarme al suponer todo lo que es usted capaz de hacer por favo-

recer a los que le han favorecido... Porque usted es capaz de darlo todo: fortuna, nombre, posición social... su propio corazón... Hábleme con franqueza, Carlos... No contenga las lágrimas... llore si quiere llorar... Yo no soy de los que creen que las lágrimas desdoran; al contrario... Hábleme con franqueza... ¿No quiere ver en mi a un hermano o a un confesor? Pues vea en mi... a un padre. (*Conmovido.*) Le aseguro que le hablo con igual cariño, con igual ternura que si lo fuera realmente.

CARLOS (*Conmovidísimo, lloroso, abrazándole.*) ¡Don Braulio!...

BRAU. Yo soy cristiano ante todo y sobre todo, Carlos... Yo le juro por la salvación de mi alma no repetir a nadie lo que va usted a decirme... Porque usted va a decirme que es un hombre honrado y que el autor de la estafa es ese, Luis... ¡Luis!

CARLOS (*Agachando la cabeza casi sin aliento.*) ¡Sí!

BRAU (*Triunfante.*) ¡¡Ah!!

CARLOS ¡Pero, por Dios!..

BRAU. No tema; no seré yo quien descubra el secreto... Dios se encargará de descubrirlo. Deme usted un abrazo, hombre!. ¡Hombre!!... Porque es usted un hombre de cuerpo entero. Bien me lo advirtió el corazón desde el primer instante. Usted no está contaminado por el ambiente que le

rodea... Usted no está manchado por la escoria de este mundo de ambiciosos y de malvados... ¡Usted es oro de ley!... Ea, vamos a ultimar este desagradable asunto y mañana, conmigo, lejos de aquí: a mis montes de Navarra... a trabajar... ¡A vivir!

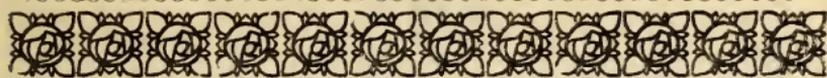
CARLOS ¡¡Don Braulio!!...

BRAU. Vamos, vamos...

CARLOS (*Conmovidísimo.*) Gracias. (*Antes de hacer mutis por la derecha, mira hacia la puerta primera de la izquierda como si dejara allí su vida,*)

BRAU. ¡Ya tengo un hijo!... ¡¡Ya tengo un hijo!!...
¡¡Y qué hijo!!... ¡¡¡Un hombre!!!

TELÓN



ACTO TERCERO

Hall de la linda casa de campo que posee don Braulio en Navarra, en las proximidades de Lecumberri.—En el foro una puerta que da al campo. A la derecha el arranque de una escalera.—A la izquierda, en primer término, una puerta, y más hacia el foro, la iniciación de una galería que se pierde en el lateral.—Muebles bonitos.—Es de día.

(Al levantarse el telón, Prudenchi, criada de la casa, más vascongada que el monte Igueldo, pone sobre una mesita el servicio del café.—Por la puerta del foro, que estará de par en par, lo mismo que las ventanas, si las hubiera, que yo creo que sí debe haberlas, entra Shabina, mujer del pueblo, muy navarra y muy simpaticona.)

SHABI. Hola, Prudenchi.

PRUDEN. Hola, Shabina. ¿Y eso?...

SHABI. Pues...

PRUDEN. Lluve.

SHABI. Lloverá. Venir el viento de Inchaurondo, ya sabes pues, lluvia te tienes. ¿Y don Braulio?

PRUDEN. Ahora te saldrá, que a tomar el café aquí viene pués.

SHABI. Tarde se levanta Prudenchi; que ya son las tres o así.

PRUDEN. Es el café del comida, que tiene la mala «ducación» de no tomar en comedor, con lo demás todo. ¿Raro no te parese? Pues así es pues. Siempre tomar ahí en el aire, o aquí, en el mesa pequeña, o de pie que es peor, teniendo el taza en la mano.

SHABI. Manías o así.

PRUDEN. Malas criansas y ganas de ensusiar digo yo.

SHABI. Así será.

PRUDEN. ¿Traes algo?

SHABI. Ofreser pollos que vendo.

PRUDEN. ¿Pollos? No te tomará.

SHABI. ¿Pues?...

PRUDEN. Sabiendo que te tienes el caserío junto al carretera, no te tomará. (*Rumor de voces dentro.*) Aquí te viene pues.

BRAU. (*Con Carlos, por la primera puerta de la izquierda.*) ¿Pero eso no es una utopia?

CARLOS No señor.

BRAU. Te advierto que yo compré esta finca, sin otra idea que la de vivir en ella tranquilamente, pero todos me aseguraban que explotándola podía ser una gran fuente de riqueza.

CARLOS Y lo será: ya lo verá usted. Espero sacarle una renta de doce a catorce mil duros.

BRAU. ¡Hola!...

SHABI. (*Creyendo que es por ella.*) Hola, señor.

BRAU. ¿Eh? ¿Quién?... ¡Oh! Pero si es la Shabina... ¿Qué tal Shabina?

- SHABI. Para servir al señor: ¿y el señor?
- BRAU. Muy bien, muchas gracias.
- PRUDEN. (*Por el café.*) ¿Sirvo, pues?
- BRAU. Sí. (*Prudenchí sirve el café*) Qué ¿y ese chico?
- SHABI. En Saturrarán: en el Seminario ya se está. Y tan contento pues.
- BRAU. Pero: ¿tú estás segura de que tiene vocación? Porque a los once años...
- SHABI. ¡El vocación!... Ya le saldrá. Si ahora no tiene, ya tendrá. El sabe que hay que tener... Ya quería él ser pelotari como el tío o guarda como el padre, pero quedó vacante un beca que costea el carrera y... hay que aprovechar. Cura será que es mejor. Algo hay que ser. ¿Verdad?
- BRAU. Si, claro... ¿Y qué traes por aquí?
- SHABI. Onse pollos que tengo.
- BRAU. ¿De tu caserío?
- SHABI. Sí señor.
- BRAU. Pues para tí, Shabina. Pollos de los tuyos ¡quiá!
- PRUDEN. (*A Braulio.*) Ya le dije yo que no tomaría...
- SHABI. (*Extrañada.*) ¿Y eso, pues?...
- BRAU. ¿Pollos y gallinas de carretera? Nunca, Shabina.
- SHABI. Son los mejores.
- BRAU. Hace cincuenta años, cuando no había automóviles, puede; ¿pero ahora? Y con las velocidades a que van... ¡Quiá! Ahora ha-

cen daño. Tienen la sangre envenenada de tantísimo susto. Y de duros, no hablemos. A fuerza de correr huyendo de los autos crían unos músculos, que vamos, los muslos parecen de acero. Nada, nada: a mí pollos de molino, jugositos y tiernos; los de carretera para los excursionistas.

SHABI. Lo siento pues.

BRAU. Si tu marido caza algunas codornices te las pago al precio que quieras, ya sabes que es mi plato favorito. Y ahora, anda, di a Serapia que te dé de comer.

SHABI. Gracias, pues. En Betelu comí. Fermincho me trajo en el camioneta. Al balneario fui a vender huevos de mis gallinas que allí mucho apresian, por tener yemas, rojas, rojas.

BRAU. Claro, de los sustos.

SHABI. Y ahora que me caigo...

BRAU. ¿Eh?

SHABI. Que al yo desir que venía pa Lecumberri, un señor me preguntó por el señor.

BRAU. ¿Por mí?... ¿Sabes su apellido?

SHABI. No me dijo. Un nombre le llamaron de Daniel o así, pero no me recuerdo pues.

BRAU. (*A Carlos, que muy tranquilamente ha tomado el café ha encendido un buen cigarrillo—dé las gracias el actor—y está examinando unos periódicos.*) ¿Tienes tu idea, Carlos?...

CARLOS. ¿En Betelu?... No sé...

- SHABI. Cosas bien bonitas, dijo del señor.
- BRAU. Hombre, menos mal.
- SHABI. Bien bonitas, pues. Que el señor era un gran hidalgo o caballero y que vivía aquí en un edém o paraíso.
- BRAU. (*Que si es mudo revienta.*) ¡¡Don Samuel!!
- SHABI. Así dijeron.
- BRAU. No podía ser otro.
- SHABI. Pues va a venir pues.
- BRAU. (*Imitándola.*) Pues a fastidiarnos va, pues, también, o así.
- SHABI. Yo, con avisar...
- BRAU. (*A Carlos.*) ¿Pero no se había marchado a América a recoger no sé qué herencia de una cuñada o hermana política?...
- CARLOS. Es la mujer la que embarcó hace dos meses, con una hermana suya.
- BRAU. Hombre, pues como venga latoso, se la va a cargar porque voy a demostrarle que domino el léxico... o diccionario tanto como él.
- CARLOS. No estaría mal eso.
- SHABI. Si otra cosa no mandan, pues...
- BRAU. Nada, Shabina, muchas gracias.
- SHABI. Adiós señor.
- CARLOS. Adiós, buenas tardes.
- PRUDEN. (*A Braulio, por el servicio del café.*) ¿Me puedo llevar?
- BRAU. Sí. (*Prudenchí recoge el servicio del café y hace mutis con Shabina por el corredor de la izquierda.*) ¿Qué dice esa prensa?

CARLOS No han venido más que los periódicos de San Sebastián.

BRAU. Que son los únicos que a tí te interesan.

CARLOS ¡Pchs!...

BRAU. No puedes olvidar tu carácter de ex-secretario de un ministro y como ese ministro está ahora con su familia en San Sebastián...

CARLOS ¡Bah!

BRAU. ¿Dicen algo los periódicos del chico de Luis?

CARLOS Que está mejor. Por fortuna el accidente no ha tenido las fatales consecuencias que todos temían. Quiera Dios que este aviso le sirva a Luis para que deje de hacer locuras con el automóvil.

BRAU. ¿A ver?...

CARLOS (*Dándole un periódico donostiarra que no sea «El País Vasco» que es antipatiquísimo.*) Ahí, en la segunda columna, en esos ecos de sociedad que firma Almanzor.

BRAU. (*Leyendo.*) En casa de los señores de Zarrascamendizaeche.

CARLOS Más abajo.

BRAU. Bien: ya llegaré, pero es que quiero ver lo que ha sucedido en casa de los señores de Zarrascamendizaeche, porque a unos señores que se llaman Zarrascamendizaeche, tienen que sucederles unas cosas rarísimas. ¿No crees tú?

CARLOS Hombre...

BRAU. (*Leyendo.*) En casa de los señores de Zarrascamendizaeche y Olaizolagasti... ¡Anda morena! Son también Olaizolagasti. ¡Pobrecillos! Los hay desgraciados. Para cuatro días que vamos a vivir y llamarse Zarrascamendizaeche y Olaizolagasti.

CARLOS Lea usted porque ya me interesa a mí también...

BRAU. (*Leyendo para su capote.*) Pues que... ¡Aprieta!

CARLOS ¿Eh?

BRAU. (*Leyendo.*) Que... «la pianista Ondarrabitarra doña Marichu Belausteguigoiturrea, tocó un auresku del inspirado maestro paisatarra Elgorriatogarastimendi...» Bueno: ¿vamos a dejar esto? Porque esto lo lees dos veces y acabas con anginas. ¡Qué espanto!... (*Buscando en el periódico.*) Sí; aquí está. (*Lee.*) «Por fortuna las lesiones sufridas por el niño Luisito Quiroga, nieto del Ministro de Fomento, en el accidente automovilista del sábado, carecen de la gravedad que se creyó en un principio y una vez pasada la conmoción cerebral, la angelical criatura ha entrado en período de franca convalecencia.» (*Dejando de leer.*) Dios es demasiado bueno. Créí que iba a castigar a Carmen y a Luis, en lo que más quieren: en ese hijo.

CARLOS Hablemos de otra cosa, don Braulio.

BRAU. Tienes razón. Yo que soy el que pone

más interés en no remover las cenizas... y el lodo del pasado, soy siempre el que incurre en el pecado de removerlas. Pero es que me indigno, Carlos; me indigno... ¡Canallas!

CARLOS Vamos, don Braulio, se lo suplico.

BRAU. ¡No haber confesado aún la verdad a los que deben saberla!

CARLOS Eso fué lo convenido.

BRAU. ¡Qué convenido ni qué!... Mi hermana y su marido e Isabel debían saber ya lo que sucedió. Permitir que toda la familia haya roto conmigo, por haberte asociado a mí, por haberte amparado, es intolerable. Y ahora no callarán porque Luis necesite la protección de su suegro. La madre de Luis ha recuperado toda su fortuna.

CARLOS (*Sorprendido.*) ¿Eh?...

BRAU. Sí, hombre, sí; gracias al aval de no sé qué grupo bancario, la sociedad quebrada ha recuperado su crédito y ninguno de sus clientes se ha perjudicado en lo más mínimo.

CARLOS Me alegro. Lo merece todo la pobre señora.

BRAU. ¡La pobre señora!... ¿Y tú? ¿No eres tú también digno de compasión? Por supuesto, qué mal porvenir les espera a todos. Las malas acciones empiezan a pagarse aquí y su castigo no nos alcanza solamente a nosotros; es una herencia que dejamos a nuestros sucesores.

CARLOS ¡Por Dios, qué teoría!

BRAU. Es fruto de mi observación y de mi experiencia. ¿No has visto tú a familias enteras de gentes honradísimas en las que parece que se ceba la desgracia? Pues es que están pagando las canalladas del abuelo o los crímenes del bisabuelo.

CARLOS ¡Qué ocurrencia!

BRAU. Por eso no me he casado yo; para no jorobar a mis descendientes...

CARLOS No creo que tenga usted nada de que acusarse.

BRAU. Por si acaso. Ahora que ellos... empezando por Isabel.

CARLOS ¡Don Braulio!

BRAU. ¿Aún te duele que te hable de ella? ¿Aún no la has olvidado del todo?... Pues olvídala, Carlos, olvídala. No es digna de tí. Su corazón no supo defenderte porque no estabas en él: no lo dudes.

JOSÉ M. (*Un campesino joven, abrutado e ingenuo, por el foro.*) ¿Permiso?

BRAU. Adelante, Joshe Mari. ¿Qué quieres?

JOSÉ M. Desir en parte de «Meterio» que ahí estar la Joshefa y el Inasio los del caserío de Echenogorria que van al San Sebastián o así y entrar quieren a dar el buenas tardes.

BRAU. ¡Hombre, la Joshepa y el Ignasio!... Mira, vas a decirles... (*Joshe Mari hace signos negativos con la cabeza.*) ¿Cómo que no? Di-

les de mi parte... (*Nuevas denegaciones de Jose Mari.*) ¡Pero hombre!

CARLOS ¡Este José Mari!

BRAU. Vamos a ver: ¿por qué mueves así la cabeza?

JOSÉ M. Primero, porque es mía.

BRAU. Eso no te lo discuto yo, ni te lo discute nadie. Es dura, es pequeña, no tiene nada dentro, te sirve para bien poco, pero es tuya. ¿Y qué más?

JOSÉ M. ¿Que yo desir al Inasio y a la Joshepa? Nunca jamás. Treinta días pasé en el cama por palabras que tuve con el Inasio cuando hise a la hija declaraciones y juré nunca más hablar.

BRAU. Está bien, hombre. Pues dí a Emeterio que les haga pasar aquí.

JOSÉ M. Así diré. (*Mutis por el foro.*)

CARLOS ¡Es un tipo!...

BRAU. Ahora recuerdo que pretendió a la chica de Ignasio y que Ignacio le dió una paliza que lo reventó.

CARLOS Palabras, llama él a eso.

BRAU. (*Desde la puerta del foro, mirando hacia el campo.*) Esta pareja que se acerca es también digna de estudio. Míralos cómo vienen: ella con su traje negro y él con su blusa de satén que le llega hasta las rodillas... Una blusa tan grande y una boina tan chica.. Y tienen sus cuartitos, no creas. El es notable. Por una apuesta se comió un día ochenta y tres cangrejos.

- CARLOS ¿Y no se murió?
- BRAU. Por poco. Y el muy borrico no le dijo al médico lo que había hecho. Unicamente cuando el médico, viéndole tan grave, le decía a la familia «este hombre va cada vez más para atrás», decía él abriendo un ojo «no asustarse que voy bien».
- IGNA. (*Con Foshepa, en la puerta del foro.*) ¿Permiso?... (*Como les ha descrito don Braulio; son unos caseros con los trajes de los días de fiesta. Frisan en los sesenta años. Hablan con marcadísimo acento vascongado y apretando mucho las erres.*)
- BRAU. Adelante... ¿Qué tal Ignacio?
- IGNA. Bien, al Dios gracias, don Braulio. ¿Y usted?
- BRAU. Ya me ves: perfectamente. ¿Qué hay Joshepa?
- JOSHE. ¡Pchs!... Haber, haber... ¿qué ha de haber?... Poca cosa haber.
- BRAU. Siéntense.
- IGNA. (*Sentándose.*) Gracias.
- JOSHE. (*Idem.*) Vaya...
- BRAU. (*Por Carlos.*) Aquí este amigo es el ingeniero que va a dirigir ahora la explotación de la finca.
- IGNA. (*Mirando a Carlos con cierta admiración.*) Bueno...
- JOSHE. (*Idem de idem.*) Vaya...
- BRAU. ¿A San Sebastián?
- IGNA. A San Sebastián.

- BRAU. ¿Negocios?
- IGNA. Acontecimientos.
- JOSHE. Los hijos...
- BRAU. Verdad que están allí los dos. ¿Están bien?
- JOSHE. Buenos disen.
- BRAU. La chica casó si mal no recuerdo...
- IGNA. Casó pues; y ella nos lleva. Tras boda que haces, bautizo que te tienes y al bautizo vamos. Al mar echaremos pelillos o así y haremos pases con el marido, que así se muera.
- BRAU. ¿Eh? ¿Pero estabais peleados?
- JOSHE. Este que tiene el manía de no gustarle los uniformes.
- IGNA. ¡El manía, el manía!... El desgrasia de caerte ensima lo que más odias. Que en este mundo, don Braulio, no hay que desirse de este agua no te beberás, porque te la bebes pues. Cuarenta años llevar yo diciendo que odio carabineros y odio guardias y el hijo guardia del porra y la hija casada con carabinero que así se muera.
- JOSHE. ¡¡Ignashio!!...
- IGNA. Que así se muera él, Josehpa: las maldiciones todas son por él. A ella, un mal le quise y ya lo tiene pues: en paz estamos.
- BRAU. ¿Y eso?
- IGNA. Dos hijos le deseé de un golpe y mellisos ha tenido. Ahora me lo siento: dos carabineritos.

- BRAU. ¿Pero ese odio, Ignacio?... ¿Ha sido usted cantrabandista alguna vez?
- IGNA. ¿Yo? Nunca: desente siempre fuí; pero una vez que estuve tres días en Francia me quitaron en la frontera de Behovia un gabardina disiendo que era nueva y desde entonces... ¡Ah! (*Aprieta los puños.*)
- BRAU. ¿Y no era nueva?
- IGNA. No señor: que le diga la Joshepa.
- JOSHE. En Pamplona habíamos comprado pa ir a Francia, porque llovía de no parar. Pero como este por sentirse calor con ella no había abrochado nunca, al volver a España un carabinero vió los ojales sin abrir o así y pensó nueva que te tienes, cantrabandista que te son y a pagar la multa o a quitar pues.
- BRAU. ¡Qué espanto!
- JOSHE. La pesaron, porque en Aduana pesar todo y como venía mojada, le excuso desir: ¡¡Ochenta duros!! Allí quedó.
- IGNA. (*Kechinando los dientes de rabia.*) ¡Y que yo tenga ahora una hija!... Pocos han sido dos mellizos.
- JOSHE. ¡Ignashio!
- IGNA. ¡Como yo vea en la casa del yerno un gabardina!...
- JOSHE. Verás y no cogerás.
- IGNA. ¡Vaya si cogeré! Gabardina que yo vea a uno de esos... Como cogí a capitán de carabineros en tranvía Igueldo; y como

- cogí en Pamplona en café Kutz a Director general del Aduana hase siete años o así.
- JOSHE. ¡Calla!
- IGNA. La pena del «telón», el ojo por el ojo y el diente por el diente y el gabardina por el gabardina.
- BRAU. (*Riendo.*) Está bien. ¿Verdad?
- CAR. (*Idem.*) Ya lo creo.
- BRAU. ¿Y el chico, continúa soltero?
- JOSHE. Soltero.
- BRAU. Pues no sabía yo que, tan joven, estuviera ya de guardia municipal en San Sebastián.
- IGNA. Nunca tuvo fundamento. ¡Un hijo mío guardia!...
- JOSHE. Cosas peores hay, Ignashio.
- IGNA. Pistolo lo hubiera visto mejor; pero guardia porretero... Allí está siempre vestido del pompa fúnebre, con casco en el cabeza y porra en el mano, en mitad del calle entorpesiendo; porque no hasen más que estorbar y mandar tonterías o así «los coches por aquí, los autos, por allá»... Como si cada cual que va por el calle no supiera adonde tiene que ir. ¿Verdad?
- BRAU. Claro...
- IGNA. ¡Ridículos!... El asunto es no trabajar. Mal suerte que he tenido con los hijos, D. Braulio. En fin, menos mal que esta noche oiremos cantar al orfeón en San Sebastián.
- BRAU. Verdad que eso del orfeón es su pasión favorita ¿no?

- IGNA. Así es. Allá en el pueblo he formado uno bueno, bueno.
- BRAU Aquí, Emeterio Cuende, anda siempre ensayando a los muchachos, pero no hay buenas voces.
- IGNA. Allá tenemos buenas.
- JOSHE. Hay un tenor de Zaragoza, que si no fuera tan testarudo...
- IGNA. Bien lo es. Como él diga esta nota es sol, sol ha de ser aunque todos le digamos que sí. Y es que no tiene el buen oído que yo tengo de siempre y que tenemos todos. Anoche en esa jota que dise:

La Virgen del Pilar dise, pues
que no quiere ser la francesa
porque lo que quiere es ser la capitana, o así
de las tropas de Aragón.

Al final estropeó todo.

- BRAU. Eso lo hacen muchos.
- SAMUEL (*En la puerta del foro.*) ¿Vive, habita o vegeta, en esta quinta o caserío, el más insignie de los campesinos?
- BRAU. ¡Oh! ¡Don Samuel!...
- SAMUEL ¿Se puede pasar?
- BRAU. Entre, introdúzcase, penetre, pase o métese, mi querido amigo.
- SAMUEL ¿Qué tal?
- BRAU. Bien ¿y usted amigo mío?
- SAMUEL Mejor que bien, queridísimo don Braulio.
(*A Ignacio y Joshepa.*) Muy buenas tar-

- des... (*A Carlos le hace una seria y ceremoniosa inclinación de cabeza.*)
- CARLOS (*A don Braulio.*) Voy con el permiso de usted a ocuparme de...
- BRAU. Luego, hombre; luego o más tarde. Siéntate. (*A Ignacio y Foshepa.*) Siéntense... (*A Samuel.*) Siéntese o ensílese, amigo don Samuel. (*Don Braulio y Carlos cambian miradas de pitorreo.*)
- SAMUEL (*Algo escamado.*) Gracias. (*Se sientan todos.*)
- BRAU. Conque en Betelu ¿eh?
- SAMUEL En Betelu o la gloria, porque el sitio es de un pintoresquismo encantador. Aire puro y odorizado, riachuelos sonorosos y una espesedumbre en el bosque, una fragura o fragosidad verdaderamente extasiantes. Hay tres o cuatro repajos...
- BRAU. ¿Cómo?...
- SAMUEL (*Satisfecho de ver que no sabe nadie lo que es repajo.*) Repajo o sitio cerrado con arbustos frondículos o ramosos.
- BRAU. ¡Ah!
- SAMUEL Pues hay tres o cuatro repajos que son otras tantas maravillas.
- BRAU. Aquello es lindo. Y de una feracidad o fertilidad..., ¡oh!
- SAMUEL ¡Oh!...
- BRAU. El lunes pasamos por allí, que por cierto acantaleaba.
- SAMUEL ¿Cómo?
- BRAU. (*Imitándole.*) Acantaleaba o caía el grani-zo fuertemente.

- SAMUEL ¡Ah!
- BRAU. Pues sí, acantaleaba. (*A Carlos.*) ¿Verdad?
- CARLOS Y llovía mucho.
- BRAU. Justo, llovía o chaporroneaba.
- SAMUEL (*Amoscado y molesto.*) Sí...
- BRAU. Sí... (*Pequeña pausa.*) ¿Y Africa?
- SAMUEL Africa está en América.
- BRAU. ¡Qué raro! (*Carlos hace esfuerzos por no reír.*)
- SAMUEL Murió una hermana suya, y ha ido la pobre a recoger una herencia de dos millones de pesos fuertes.
- BRAU. ¡Caramba! Pesos y pesos fuertes.
- SAMUEL Fuertes como básculas, amigo don Braulio.
- BRAU. Felicítole.
- SAMUEL Agradézcosele.
- BRAU. Ya he leído que Remigito anda por San Sebastián.
- SAMUEL Sí; como está allí Isabelita, su sobrina de usted, que es la que priva...
- BRAU. ¿Esas tenemos?
- SAMUEL De muy antiguo, amigo mío. Es una preferencia de la cual yo me exalto o regocijo. Ahora, parece que están en vísperas de arreglo. Claro, al muchacho se lo rífan; fortuna pingüe o cuantiosa, hijo único y además con el tiempo será Barón...
- IGNA. (*Que no comprende.*) ¿No lo es?
- SAMUEL No señor, aún no lo soy yo tampoco...
- IGNA. ¿Pues?...

- SAMUEL Me faltan algunos detalles todavía...
- IGNA. (*Maravillado.*) ¡Joshepa!...
- SAMUEL Gracias a nuestro amigo el Ministro de Fomento lo seré dentro de dos meses.
- JOSHE. Más vale tarde que nunca.
- SAMUEL Mañana vendrá Remigito a verme. No lo ha hecho ya porque el tren le molesta mucho y como le he prohibido terminantemente que haga uso del automóvil...
- BRAU. ¿Y eso?
- SAMUEL Que no tenemos chofer, amigo don Braulio; que nuestro chofer o mecánico está detenido en San Sebastián.
- BRAU. ¡Hombre!
- SAMUEL Abusos de los guardias o celadores, que hay algunos que discurren con el casco de arriba.
- IGNA. ¡Ya lo creo!
- SAMUEL Un día de toros, porque desobedeció al número setenta y tres y luego lo mandó a... freir hortalizas...
- IGNA. ¿Setenta y tres dise?
- SAMUEL Sí señor.
- IGNA. Bien bruto.
- SAMUEL Bruto, cafre, necio, tosco, inculto, estólido y un busca-ruidos puado y sarceño que anda en dos pies por milagro deleste.
- IGNA. Sí señor.
- SAMUEL ¿Le conoce usted?
- IGNA. Es hijo mío.
- SAMUEL (*De una pieza.*) Créame que lamento o deploro haber dicho o proferido...

- IGNA. ¡Bah! Yo soy el primero en desir...
- SAMUEL Puede que nos haya hecho un favor. Quién sabe si por tener el coche encerrado nos hemos librado de alguna catástrofe. Raro es el día que no ocurre alguna desgracia...
- BRAU. Es verdad.
- SAMUEL Ya ven ustedes el pobre Luis. Pudieron matarse. El chico está vivo milagrosamente. Yo estaba en San Sebastián el día del accidente. ¡Qué horror! Creí que el abuelo, al ver al nietecillo, conmocionado y sangrante, perdía la razón. Me convencí aquel día de que los abuelos quieren más que los padres.
- JOSHE. Muy verdad es.
- IGNA. En vascongado bonito refrán tenemos que así lo dise pues.
- BRAU. Y el mismo nombre de abuelo, en vascongado, significa mayor cariño, mayor ternura, mayor bondad.
- IGNA. Así es también.
- BRAU. Padre es aítá, madre emá, bueno se dise oná y abuelo en vascongado es aitoná, padre bueno.
- JOSHE. Y abuela, amoná, madre buena.
- BRAU. Eso es, madre buena; como si los abuelos fueran los depositarios de la bondad y de la ternura... Y lo son en efecto.
- IGNA. (*Entusiasmado.*) Sí señor. Y si así no fuera, nunca abrazaría yo a cochino carabínero...

- JOSHE. (*Tirándole de la blusa.*) ¡¡Inashio!!...
- IGNA. Rasón tienes: preferible es callar. (*Levantándose.*) En fin, va siendo el hora del tren. (*Despidiéndose.*) Don Braulio...
- BRAU. ¿Tan pronto?
- JOSHE. No hay más. Agur.
- BRAU. ¿Queréis alguna cosa?
- IGNA. Gustaría ver de paso, esas máquinas o así que dise Meterio que prensan los forrajes y los henos y de cada dos carretadas hacen como un piedra grande.
- CARLOS Yo les enseñaré: camino de la estación están. (*Indicándoles la puerta del foro.*) Por aquí.
- IGNA. Buenas tardes.
- JOSHE. Vaya...
- BRAU. ¿Pero no queréis tomar nada?
- IGNA. Gracias: venimos tomados.
- BRAU. Si necesitáis lavaros las manos o alguna cosa podéis pasar al cuarto de baño...
- IGNA. Gracias: venimos hecho. Agur. (*Se van con Carlos por el foro derecha.*)
- BRAU. (*Desde la puerta del foro, hablando hacia el lateral.*) Y a ver cuántas gabardinas traéis a la vuelta... (*Avanzando.*) Son muy graciosos.
- SAMUEL Saben vivir mejor que nosotros, don Braulio.
- BRAU. ¿Usted cree?
- SAMUEL Quietud, tranquilidad, creencias: buen plato, buen vaso, aire libre, su casa lim-

pita, sus ropas sahumadas o espliegadas, su can rabeante, sus gallinitas que cuando no cluequean están aovando o poniendo huevos y sus bueyes, que ya los uncen o acoyudan, ya los abyugan o separan...

BRAU. (*Que no puede más, en tono de broma*) ¡No hay derecho, don Samuel!

SAMUEL ¿Eh? No comprendo...

BRAU. Caramba, que me coge usted sólo y no hay derecho a esa descarga tan cerrada. Si al menos estuviera aquí Carlos...

SAMUEL Pues, precisamente, acerca de Carlos, me gustaría a mí decirle a usted una palabrita, amigo don Braulio, aquí lo que usted hace con su familia acogiendo a Carlos de la manera que lo ha acogido, (*Muy separadas las dos*) es algo mortificante. Yo no soy quisquilloso o pelilloso, pero comprendo que es algo mortificante. Días pasados, su señora hermana doña Angustias que tanto me distingue y a quien yo tanto debo, porque gracias a sus bondades soy gran Cruz, soy palaciego, tengo dos vocalías remuneradas y voy a ser Barón de Acabatablazos, suplicóme que aprovechando mi estancia en el balneario de Betelu, viniese a ver a usted para hacerle las siguientes reflexiones: primera...

PRUDEN. (*Por el foro, de prisa.*) Señor...

BRAU. ¿Qué hay, Prudenchí?

- PRUDEN. Por el trocha de robles viene un auto que sube el cuesta con un velocidad grande.
- BRAU. ¿Un auto?... No espero la visita de nadie. (A *Samuel*.) Será Remigito que ha ido a Betelu a buscarle, le han dicho que está usted aquí y...
- SAMUEL. A mi hijo le he prohibido yo que saque el coche y no lo saca por nada del mundo. Le conozco sobradamente.
- PRUDEN. (*Desde la puerta del foro, mirando hacia la izquierda.*) Ahí están ya... Son tres señoritos.
- BRAU. ¿Tres señoritos?
- PRUDEN. No, no... Tres señoritas.
- BRAU. ¿Tres señoritas?
- PRUDEN. No, no... dos señoritas y un señorito.
- BRAU. ¿En qué quedamos, Prudenchi?
- PRUDEN. Dios sabe: igual presentación tienen. El mismo cabeza y la misma jersey...
- ISABEL (*Dentro, llamando.*) ¡Tío Braulio! .
- BRAU. ¿Eh?...
- ISABEL (*En la puerta del foro.*) ¡Tío Braulio!...
- BRAU. ¡Isabel!... (*Se abrazan.*)
- ISABEL (*En el abrazo, conmovida.*) Perdón, tío Braulio...
- BRAU. ¿Pero?...
- ISABEL. Calla: espera .. ¿Cómo usted por aquí, don Samuel?
- SAMUEL. Eso mismo le pregunto yo asombrado, Isabelita.
- ISABEL. Pues ya lo ve usted, a visitar al tío. Ma-

má viene con Carmen en la «limusin», pero yo tenía tantos deseos de llegar pronto que aprovechando el que Remigito no iba hoy en su coche a Biarritz como otras tardes, le supliqué que me trajera y he venido con él y con la mis a no sé cuántos por hora.

SAMUEL ¿Eh? ¿Que mi hijo?...

ISABEL Sí; ahí está.

SAMUEL ¿Sin chofer?...

ISABEL Con chofer: al día siguiente de marcharse usted a Betelu le pusieron en libertad. ¡Ay tío! Necesito hablar contigo, reservadamente, ahora mismo.

SAMUEL (*Quemadísimo.*) Voy con el permiso de ustedes a ver a...

REMI. (*Por el foro. Trae un jersey de esos cerrados y unos pantalones a lá moda, tan sumamente anchos que parecen unas faldas.*) Dice mis Ma... ma... (*Al ver a su padre.*) ¡¡Mah-jong!! . Buenas tardes.

BRAU. Dios te guarde, hombre.

REMI. (*De una pieza.*) Hola, papá.

SAMUEL (*Con las de Caín.*) Hola... hijo.

REMI. Aquí estás que... Me dijo este lo... y como luego la... Ya leí tu carta. Sé que los repajos ..

SAMUEL Conque los repajos ¿eh?

BRAU. Si quieren ustedes subir a la biblioteca... Acompañaes Prudenchi. Allí tengo una colección de vistas de la finca...

SAMUEL Con mucho gusto

PRUDEN. (*Haciendo mutis por la escalera de la derecha.*) Por aquí.

SAMUEL Gracias. (*Entredientes a Remigito.*) Imbécil, estúpido... (*Mutis por la escalera resoplando furioso tropezando y cayéndose.*)

REMI. (*Haciendo mutis tras él.*) Escalera real, mis dos flores, mi viento, y el viento de moda... Jugada límite... Esto es hacer mah-jong y lo demás es tontería. (*Váse.*)

ISABEL ¡Tío Braulio!...

BRAU. ¿A qué bienes, Isabel?

ISABEL A reparar la más cruel de las injusticias. ¿Dónde está Carlos?

BRAU. ¿Es a él a quien buscas?

ISABEL Sí.

BRAU. ¿Para qué?

ISABEL Para reconocer que es el mejor de los hombres, el más abnegado, el más generoso, Sé toda la verdad, tío. Sé que él no fué el autor de aquella villanía cuya responsabilidad aceptó por salvar a Luis.

BRAU. ¿Quién te ha dicho?...

ISABEL Luis mismo, hace unas horas...

BRAU. ¿Y lo ha dicho espontáneamente?...

ISABEL El remordimiento le ha impulsado. Ha tenido a su hijo muy enfermo a resultas de un accidente.

BRAU. Lo sé.

ISABEL Los médicos habían perdido toda esperanza de salvarle... Iba a morir... Enton-

ces él y Carmen, creyendo que aquello era un castigo de Dios, le ofrecieron que si les conservaba a su hijo expiarían su falta confesándola .. Y Dios hizo el milagro, tal vez más que por ellos, para que no siguiera un inocentø pagando culpas ajenas.

BRAU. ¿Y vienes a pedirle perdón al cabo de los meses?...

ISABEL ¿Iba a hacerlo antes? ¿Quién podía presumir tal abnegación? Tú mismo...

BRAU. Yo no tenía que presumirla porque la conocía; pero de no conocerla la hubiera adivinado.

ISABEL ¿Eh? ¿Que tu sabías?...

BRAU. Desde el primer instante, no podía hablar porque me lo impedía un juramento sagrado del que nunca quiso relevarme. Ahora que vosotros, tú, sobre todo, la elegida de su corazón, la mujer a quien quería ciegamente, debiste tener con él una explicación distinta a la que tuviste. En ella hubieras descubierto tal vez la verdad. Pero huiste de su lado; condenándole a la desesperación.

ISABEL (*Llorosa.*) ¡Tío Braulio!...

BRAU. Sin mi, ¡qué sé yo!... hubiera enloquecido.

ISABEL ¿Tanto sufría el pobre?...

BRAU. Tanto, que en un principio, temí que no resistiera al dolor.

ISABEL (*Llorosa.*) ¿Y ahora?...

BRAU. Ahora, el tiempo y mis desvelos van haciendo su obra. ¿Creías tal vez que le habías condenado a un infortunio eterno?.. No. Mi cariño estaba aquí para suplir al tuyo. No toda la familia cuya honra salvó ha sido con él igualmente ingrata. Quedaba yo para pagar la deuda de los demás.

ISABEL (*Echándose en sus brazos llorando.*) ¡Ay títo; arréglame con él de nuevo, por Dios!

BRAU. ¡¡Un cuerno!!

ISABEL Mira que yo le quiero de veras, tío Braulio. Aunque me creas ingrata y tornadiza, yo no he olvidado nunca a Carlos; ignoraba hasta donde llegaba mi cariño, pero ahora ya lo sé. Me lo ha descubierto el placer que he sentido al saber la verdad; que es tan grande, tan grande, que con él me bastará para ser venturosa el resto de mi vida... Mientras yo pueda repetirme a todas horas «Carlos es el más noble, el más abnegado a los seres» ¿qué me importa lo demás? Con eso tengo bastante. (*Como antes.*) Pero tú me ayudarás a arreglarme con él ¿verdad títo?

BRAU. ¡Títo, títo!... Ahora lagrimitas y títo... Ya veremos. No lo mereces: ¿me oyes bien? No lo mereces. Si no tuviera en cuenta el que todavía él...

ISABEL (*Muy contenta.*) ¿Eh?... ¡Ay títo!... ¿Tú crees que él todavía?... ¡No me engañes por Dios!

Tú vas a presenciar nuestra entrevista: vas a ver cómo le pido perdón.

BRAU. ¡Quiá!

ISABEL Sí, tío; que tienes que ayudarme.

BRAU. ¡Vamos, vamos!... Quitá...

ISABEL (*Llorosa.*) ¿Tú crees que él todavía?..

BRAU. Yo creo únicamente que su felicidad me interesa demasiado para permitirte que juegues con ella; porque antes te quería a tí más que a él, pero ahora—yo digo siempre la verdad—ahora le quiero a él mucho más que a tí.

ANGUS. (*Entrando por el foro.*) ¡Braulio!...

BRAU. ¡Mujer!...

ANGUS. (*Abrazando a Braulio y limpiándose una lágrima.*) ¡De cuantas injusticias tienes que perdonarme!...

BRAU. No hay que volver a hablar de ese asunto.

ANGUS. ¡Gracias!

ISABEL ¿Y Carmen?

ANGUS. Ha encontrado a Carlos que iba con unos campesinos y ha quedado hablando con él.

ISABEL ¿Tú también le has hablado?

ANGUS. Sí: ha estado conmigo de lo más amable. ¡El pobre!... (*Sentándose.*) ¡Jesús! Cada día me cansa más el automóvil. (*A Isabel.*) Habrás visto que hemos llegado casi al mismo tiempo. No tenías ninguna necesidad de haber venido con ese imbécil de Remigito...

BRAU. No alces mucho la voz que puede oírte.

ANGUS. No me importa Aunque bien mirado, qué culpa tiene el infeliz de ser hijo del zorro, embustero, faramallero, trapacista o trapacero de su padre.

BRAU. Calla, que también te puede oír.

ANGUS. ¿Eh?...

BRAU. Está arriba, en la biblioteca, con el chico.

ANGUS. ¿Que está aquí Picatoste? Pues me oye, te aseguro que me oye.

ISABEL ¡Mamá, por Dios!... (*Se asoma a lo puerta del foro.*)

BRAU. ¿Pero, qué te ha pasado con don Samuel? Porque según mis noticias, hace una semana estabais a partir un piñón.

ANGUS. Pues el piñón lo hemos partido y lo hemos aplastado. ¡El muy cínico!... ¿No sabes? ¡Que me estaba tomando el pelo!

BRAU. ¿Qué dices?

ANGUS. Verás. Como logramos que pusieran en libertad a su chofer, detenido por...

BRAU. Sí; ya me ha contado...

ANGUS. Pues el pobre hombre, agradecido a nuestras bondades y lleno de indignación contra su amo, que se fué a Betelu y le dejó allí como cosa perdida, nos ha contado que el broche que ellos me prestaron y que yo extravié la noche de la comida en Palacio, lo encontraron ellos un instante después, al borde de la acera, cuando fueron a enterarse de qué tal lo había yo pasado en la fiesta.

BRAU. ¡Hola!

ANGUS. Y en vez de decírmelo, se lo callaron artatamente y me hicieron ver que habían perdido su talismán, para explotarme como me han explotado; porque me han explotado como a una negra. Digo, una gran cruz, un cargo palatino, dos vocalías... ¡qué sé yo! Ahora, que de la baronía, que se despidan, y además van a oír de mis labios palabras de mucho bulto, porque yo a ese picatoste me lo como.

ISABEL (*Desde la puerta del foro.*) Ahí viene ya Carlos.

BRAU. Te dejamos con él.

ISABEL ¡No por Dios, tío Braulio! Ayúdame, por lo que más quieras en este mundo.

ANGUS. Yo voy a subir a ver a don Samuel...

ISABEL (*Deteniéndola.*) ¡Mamá, por la Virgen Santa, que te conozco! No subas ahora.

BRAU. Dice bien Isabel... Mira ¿por qué no te distraes con la radio, tú que eres tan aficionada? (*Maliciosamente.*) Así oyes algo y no oyes...

ANGUS. No está mal pensado.

BRAU. Ahora puedes coger Londres.

ANGUS. ¿A ver?... (*Se sienta ante el aparato y se pone los auriculares en tanto que Braulio manipula.*)

ISABEL (*Avanzando nerviosamente*) Ya viene. Carmen se ha quedado ahí hablando con la mis... ¡Por Dios tío!...

BRAU. ¿Eh?

ISABEL No me desampares.

BRAU. (*Manipulando.*) Hay que establecer bien el contacto...

ISABEL (*Que oye los pasos de Carlos.*) ¡Dios mío!...

CARLOS (*Entrando.*) ¡Isabel!...

ISABEL ¡Carlos!... (*Pausa larga.*)

ANGUS. (*A Braulio, por la telefonía.*) No oigo nada.

BRAU. (*A media voz.*) Es que están callados.

ANGUS. (*Sin comprender.*) ¿Cómo?

BRAU. (*Manipulando en el aparato y mirando de reojo a Carlos e Isabel.*) Que no es fácil encontrar la onda.

CARLOS (*Acercándose a Isabel.*) ¿También usted?...

ISABEL ¿Le extraña que venga como los demás a tratar de sincerarme a sus ojos?... La deuda de gratitud que ha echado sobre nosotros no se paga con nada, y es preciso que nos diga el camino que hay que seguir para devolverle el buen nombre que tan noblemente ha sacrificado para librarnos a todos del deshonor.

CARLOS Ya le he dicho a Carmen que no hay que volver a hablar de ese asunto. Esteril y hasta grotesco resultaría cuanto hice si ahora se removiera. Lo único verdaderamente abrumador de la carga que eché sobre mis hombros, era el estar pasando a los ojos de ustedes por un miserable. Sabiendo ustedes ya que no lo soy ¿qué me importa lo que piensen los demás?

ISABEL. ¿Con eso le basta?

CARLOS. Y si no me bastara, ustedes con este acto de desagravio y de agradecimiento, la madre de Luis, y su padre de usted, con estos renglones, que Carmen me ha traído y que me han conmovido hondamente, han dado a mi... generosidad, llamémosla así, el mejor de los premios. Además, que mi desgracia no ha sido tan grande como ustedes suponen, puesto que he tenido por sostén el afecto de un hombre... de un santo, para quien son pocas todas las alabanzas. El me ha pagado con creces todo el bien que yo haya podido hacer a ustedes.

ANGUS. Sigo sin oír nada.

BRAU. Pues tú te lo pierdes.

CARLOS. Al salvar yo el buen nombre de Luis y el de su padre de usted que está también el suyo, no hice más que cumplir un deber de gratitud para con ellos y para con usted misma. ¿A qué hablar de generosidad si usted había sido antes mil veces más generosa conmigo? ¿Qué era lo que yo le daba, para lo que usted acababa de darme?

ISABEL. Sí; pero luego, Carlos, fuí muy cruel con usted. Yo le dije que me avergonzaba de haberle querido. (*Llorosa.*) Carlos... ¿me perdona usted?

CARLOS. (*Conmovido.*) ¡Isabel!

- ISABEL Voy a repetirle sus mismas palabras: unas palabras que no se han borrado de mi memoria... Dios perdona cuando se confiesan las faltas. Cuando la contricción es muy grande y muy dolorosa, no sólo perdona sino que premia... ¡¡Carlos!!...
- CARLOS (*Conmovido.*) ¡Yo le perdono a usted de todo corazón!
- ISABEL (*Conmovidísima.*) ¡Gracias! (*Mira a don Braulio y este le hace señas de que siga pinchando. Tras una breve pausa, dice llorosa y temblorosilla.*) ¿Y algún premio no hay?
- CARLOS (*Que no comprende o le da miedo comprender.*) ¿Eh?
- BRAU. ¡Atiza!
- ANGUS. (*A Braulio destempladamente.*) ¿Qué?
- BRAU. Nada...
- ISABEL Porque mi contricción es muy dolorosa, Carlos. (*Llama a Braulio con la mano, disimuladamente.*) Yo no...
- BRAU. (*Aprovechando un momento en que Carlos no ve: a media voz.*) Ni yo tampoco.
- ISABEL (*Persuasiva, mimosa, coqueta, pero siempre con las lágrimas a flor de los ojos.*) Aquella casita de la que tanto habíamos hablado se cerró para usted, pero no entró en ella ningún otro: se lo juro... Cesó de correr la fuente del patio; dejó de cubrirse de claveles la azotea y hasta las estrellitas del cielo se ocultaron... o yo no las veía, porque las quería contemplar a través de mis

lágrimas... Pero así y todo, yo seguía mirando a todas horas hacia aquel rincón de mis sueños, porque el alma me decía a gritos que la fuente correría de nuevo y los claveles renacerían y las estrellas recobrarían su luz.

CARLOS ¡Isabel!... (*Pausa. Dentro, lejos, comienza a cantar un orfeón de hombres y mujeres, la bonita canción de «Cheriñua kalezan» o algún otro zorcico.*)

ANGUS. (*Muy contenta.*) ¡Londres!... ¡Ya!... ¿Es Londres?...

BRAU. Buenos Aires.

ISABEL (*Suplicante.*) Carlos .. Olvide mis agravios y perdóneme como yo quiero que me perdone; como si todo lo ocurrido hubiera sido un sueño.

CARLOS ¡Isabel!

ISABEL (*Acudiendo a don Braulio que se acerca a ellos.*) ¡Tío!... ¡Tío Braulio! .. Díle tú...

BRAU. ¿Yo? ¿Qué quieres que le diga: ¿que vuelva a quererte? ¿Que recobre la fe en tí? ¿Que se case contigo?.. Para que Carlos hiciera eso tendría que cometer la mala acción de volverse atrás de lo que hizo: probar que no fué culpable: acusar al amigo, al hermano, a quien juró salvar...

ISABEL Pero ¿por qué iba a hacer todo eso, Dios mío?

BRAU. ¿Iba a ofrecerte un nombre manchado? Y caso de ofrecértelo... ¿lo ibas tú a aceptar?

- ISABEL ¡Ya lo creo que sí!... (*Avergonzada.*) ¡Ay!..
- BRAU. Si eres muda revientas.
- CARLOS (*Conmovido.*) ¡Isabel!...
- ISABEL Y si tenemos que quedarnos aquí toda la vida, pues... ¿dónde mejor? No son bonitos únicamente los campos andaluces; también lo son las montañas de Navarra. ¿Verdad, tío?
- BRAU. (*Por Carlos.*) Eso a él, a él... Ahora, que yo te juro, Carlos, que si a mí una mujer me hubiera dicho todo eso, yo la hubiera abrazado y la hubiera besado.
- CARLOS Con permiso... (*Abraza y besa en la frente a Isabel.*)
- ISABEL ¡Carlos!...
- REMI. (*Que ha entrado en escena con su padre, al mismo tiempo.*) ¡Papá!...
- ANGUS. (*Soltando los auriculares.*) ¿Qué veo?
- BRAU. (*A Angustias.*) No veas nada, oye, oye...
- SAMUEL (*Estupefacto.*) ¿Qué es esto, amiga mía?
- ANGUS. ¿Y a usted que le importa?
- SAMUEL ¿Eh?... Me habla coléricamente o ab-irato.
- ANGUS. Basta de abusos y de engañifas. Sepa usted que su chofer ha cantado.
- SAMUEL ¿Con el orfeón?
- ANGUS. ¡Con las narices!
- SAMUEL ¡Angustias!
- ANGUS. Sé que el broche perdido por mí, está en su poder.
- REMI. (¡¡Mah-jong!!)
- ANGUS. Bien me ha tomado usted el pelo, pero

ahora despídase de la «Baronía» y de... otras cosas. Su hijo de usted no será nunca mi yerno, ni será tampoco Barón.

SAMUEL ¿Qué dice usted a eso, don Braulio?

BRAU. Que tiene razón, amigo don Samuel: no se puede ser «Barón» con esos pantalones... *(Canta el orfeón dentro, más cerca. Isabel y Carlos, rebosantes de alegría se estrechan las manos.*

TELÓN

Obras de Pedro Muñoz Seca

- «Las guerreras», juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
- «El contrabando», sainete. (Duodécima edición.)
- «De balcón a balcón», entremés en prosa. (Tercera edición.)
- «Manolo el afilador», sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
- «El contrabando», sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Séptima edición.)
- «La casa de la juerga», sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
- «El triunfo de Venus», zarzuela cómica en cinco cuadros, Música del maestro Ruperto Chapí.
- «Una lectura», entremés en prosa. (Segunda edición.)
- «Celos», entremés en prosa. (Tercera edición.)
- «Las tres cosas de Jerez», zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
- «El lagar», zarzuela en tres cuatros. Música de los maestros Guervos y Carbonell.
- «A primera fila», entremés en prosa.
- «El niño de San Antonio», saine lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
- «Floriana», juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
- «Los apuros de D. Cleto», juguete cómico en un acto. (Ago-tado).
- «Mentir a tiempo», entremés en prosa.
- «El naranjal», zarzuela cómica en un acto y un sólo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
- «Don Pedro el Cruel», zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
- «El fotógrafo», juguete cómico en un acto.
- «El jilguerillo de los Parrales», sainete en un acto.
- «La neurastenia de Satanás», zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.
- «Mari-Nieves», zarzuela en cuatro cuadros. Música del maes-tro Saco del Valle.
- «Tentaruja y compañía», pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
- «¡Por peteneras!», sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
- «La canción húngara», opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
- «La mujer romántica», opereta en tres actos, adaptación española.

- «El medio ambiente», comedia en dos actos.
- «Coba fina», sainete en un acto. (Segunda edición).
- «Las cosas de la vida», juguete cómico en dos actos. (Segunda edición).
- «La nicotina», sainete en prosa. (Tercera edición).
- «Trampa y cartón», juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición).
- «La cucaña de Solarillo», zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
- «El modelo de Virtudes», juguete cómico en dos actos.
- «López de Coria», juguete cómico en dos actos.
- «El bien público», sátira en dos actos.
- «El milagro del santo», entremés en prosa.
- «El incendio de Roma», juguete cómico, con música del maestro Barrera.
- «El Pajarito», comedia en dos actos.
- «El paño de lágrimas», juguete cómico en tres actos.
- «Fúcar XXI», disparate cómico en dos actos. (Segunda edición).
- «Pastor y Borrego», juguete cómico en dos actos. (Tercera edición).
- «La niña de las planchas», entremés lírico. (Segunda edición).
- «Cachivache», sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
- «Naide es ná», sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
- «El roble de la Jarosa», comedia en tres actos. (Cuarta edición).
- «La frescura de Lafuente», juguete cómico en tres actos. (Tercera edición).
- «La casa de los crímenes», juguete cómico en un acto. (Segunda edición).
- «La perla ambarina», juguete cómico en dos actos.
- «La Remolino», sainete en un acto. (Segunda edición).
- «Lolita Tenorio», comedia en dos actos.
- «Los que fueron», entremés en prosa.
- «La escala de Milán», apropósito.
- «La conferencia de Algeciras», apropósito.
- «El verdugo de Sevilla», casi sainete en tres actos y en prosa. (Quinta edición).
- «Doña María Coronel», comedia en dos actos. (Segunda edición).
- «El Príncipe Juanón», comedia dramática en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
- «El último Bravo», juguete cómico en dos actos. (Tercera edición).

- «La locura de Madrid», juguete cómico en dos actos. (Segunda edición).
- «Hugo de Montreux», melodrama en cuatro actos.
- «El marido de la Engracia», sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
- «La traición», melodrama en tres actos (Agotado).
- «Los cuatro Robinsones», juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición).
- «Adán y Evans», monólogo.
- «El rayo», juguete cómico en tres actos y en prosa. (Sexta edición).
- «El sueño de Valdivia», sainete en un acto. (Tercera edición).
- «Albi-Melén», obra de Pascuas, en dos actos, divididos en cuatro cuadros. Música del maestro Calleja.
- «El último pecado», comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición).
- «John y Thum», disparate cómico-lírico-bailable, en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición).
- «Los rifeños», entremés en prosa.
- «El voto de Santiago», comedia en dos actos. (Segunda edición).
- «El Versalles madrileño», sainete en un acto.
- «El teniente alcalde de Zalamea», juguete cómico en un acto. (Segunda edición).
- «De rodillas y a tus pies», entremés. (Segunda edición).
- «La casona», comedia dramática en dos actos.
- «Los pergaminos», juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).
- «Garabito», chascarrillo en prosa.
- «La barba de Carrillo», juguete cómico en tres actos. (Tercera edición).
- «La fórmula 3 K 3», disparate en un acto. (Segunda edición).
- «Las famosas asturianas», comedia en tres actos, de Lope de Vega. Refundición.
- «La venganza de Don Mendo», caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Octava edición).
- «La verdad de la mentira», comedia en tres actos. (Segunda edición).
- «Un drama de Calderón», juguete cómico en dos actos. (Tercera edición).
- «Trianerías», sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives. (Cuarta edición).
- «Los planes de Milagritos», apunte de sainete.

- «Las verónicas», juguete cómico-lírico en tres actos, Música de Amadeo Vives.
- «La Tiziana», entremés, con música de Manuel Font.
- «El mal rato», paso de comedia.
- «Faustina», juguete cómico en tres actos. (Tercera edición).
- «La razón de la locura», comedia granguñolesca, en tres actos. (Tercera edición).
- «Los amigos del alma», juguete cómico en dos actos. (Tercera edición).
- «El colmillo de Buda», juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición).
- «El condado de Mairena», comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición).
- «La mujer», paso de comedia.
- «Pepe Conde o el mentir de las estrellas», sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición).
- «La plancha de la Marquesa», juguete cómico en un acto y en prosa. (Tercera edición).
- «Martingalas», juguete cómico en dos actos. (Tercera edición).
- «El clima de Pamplona», juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).
- «Sanjuán y Sampedro», entremés en prosa. (Segunda edición).
- «Trampa y cartón», juguete cómico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.
- «Los misterios de Laguardia», juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).
- «La cartera del muerto», comedia dramática en tres actos. (Segunda edición).
- «San Pérez», juguete cómico en tres actos.
- «El Parque de Sevilla», zarzuela en dos actos. (Segunda edición).
- «El castillo de los Ultrajes», juguete cómico en tres actos, adaptado del francés. (Segunda edición).
- «La hora del reparto», sainete, con música del maestro Guerrero. (Segunda edición).
- «El fresco del fuego», entremés.
- * «El ardid», comedia en tres actos. (Tercera edición).
- «Los planes del abuelo», comedia en tres actos. (Segunda edición).
- «El pecado de Agustín», comedia dramática en tres actos.
- «Dentro de un siglo», juguete cómico en un acto. (Segunda edición).
- «La farsa», juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).

«El número 15», sainete en tres actos. Música del Maestro Guerrero. (Segunda edición).

«Tirios y Troyanos», juguete cómico en tres actos. (Agotada).

«El sinvergüenza en Palacio», zarzuela en tres actos. Música de los maestros Vives y Luna.

«La señorita Angeles», comedia en tres actos. (Tercera edición).

«De lo vivo a lo pintado», juguete cómico en dos actos.

«El conflicto de Mercedes», comedia en tres actos. (Tercera edición).

«¡¡Plancha!!», entremés.

«Regina», comedia en tres actos y un prólogo. (Agotada).

«El Goya», juguete cómico en dos actos.

«Los frescos», comedia en tres actos. (Tercera edición).

«La pluma verde», comedia en tres actos. (Tercera edición).

«El Vaticinio o S. S. S.»

«El Rey nuevo», zarzuela en tres actos. Música del maestro Jacinto Guerrero.

«¡Ay, que se me cae!...», monólogo,

«Las hijas del rey Lear», comedia en tres actos, original.

«Las cosas de Gómez», juguete cómico en un acto.

«El filón», comedia en tres actos, original. (Tercera edición).

«Las alas rotas», comedia en tres actos, original. (Tercera edición).

«La muerte del Dragón», cuento en tres actos, el segundo dividido en dos cuadros, en prosa y en verso, con los ripios absolutamente indispensables. (Cuarta edición).

«La mujer de nieve», zarzuela bufa en tres actos. Música de los maestros Rosillo y Moreno Torroba.

«Castigo de Dios», comedia en tres actos. Música de Angel Barrios.

«Los chatos», comedia en tres actos.

«Bartolo tiene una flauta», sainete en tres actos.

«Los sabios», comedia en tres actos. (Segunda edición).

«La buena suerte», comedia en tres actos. (Segunda ídem).

«La raya negra», cuento en tres actos y seis cuadros.

«El llanto», comedia en tres actos. (Segunda edición).

«La bondad», comedia en tres actos.

«La tela», juguete cómico en tres actos. (Cuarta edición).

«El secreto de Lucrecia». (Segunda edición).

«Los campanilleros», comedia en tres actos (Segunda ídem).

«Paco Pinto», entremés en prosa.

«Los trucos», juguete cómico en tres actos.

«Lo que Dios dispone», comedia en tres actos.

«Cuentos y cosas», colección de cuentos, entremeses y monólogos.

PRECIO: 4 PESETAS